

Sueño Americano

Por Gilberto García

I

Martina, mi hermana mayor, vivía en Niu Yersi desde hacía un año. Se fue el mismo día que cumplió veinte. Tenía pecas por toda la nariz y una parte de los pómulos. Nuestro hermano Julián la apodó “la pringada” que, según mamá, era un apelativo que venía de muchos años atrás. Contaba que los españoles durante la colonia usaban bacinica para orinar durante la noche y todas las mañanas tiraban a la calle los contenidos y gritaban “agua va” para advertirle a la gente. Pringado era el distraído a quien le caía el orín. Odiaba el apodo y siempre nos correteaba por toda la casa y las calles del barrio al oírnos cantarle “pringui”, “bish”, “prin”, y vernos hacerle gestos sugiriendo pringada, o cuando le coreábamos la canción de Rocco Granata:

Martina, Martina, se orina

Contigo me voy a afear

¡Algún día me voy a vengar, jodidos!, nos maldecía.

Era mucho más alta que la mayoría de las muchachas de su edad, talle de bailarina y cabello rojizo y tan blanca que pensábamos era anémica. Papá Teo decía que esta patoja sí que es pura escupida de su bisabuela por el lado de la Justa. Lo único que le falta es que ande tosiendo por todos lados.

La familia, emigrantes gallegos, fue parte de los pequeños grupos de habitantes que fundaron un pueblo al que, por supuesto, le llamaron Gallegos a donde habían llegado remontando el Motagua en canoas y embarcaciones de poco calado desde alta mar. Además de tener que remar zigzagueando contra la fuerte corriente, había que esquivar pequeños bancos de arena, que a un inexperto lo sorprenderían fácilmente, inevitablemente hundiendo su barcaza.

En tiempos de la bisabuela, se había descubierto talco de bajo grado en las estribaciones de la sierra, lo que significaba la presencia de fibras minerales como el asbesto. Los hombres trabajaban en una mina de cielo abierto, propiedad de canadienses que desde entonces ya andaban por todo el país extrayendo metales. Para sacar el talco usaban TNT para volar secciones enteras de la montaña; luego de extraerlo lo transportaban directamente al puerto del Atlántico, de donde se iba a unos laboratorios localizados en la provincia de Alberta, Canadá. Como muchas familias del pueblo, la de la bisabuela padecía de tos de tísico, seca y carrasposa. Al cabo de los años y después de enviudar muy joven, migró a la aldea Los Platanares, huyendo de la tos que afligía a casi todo adulto que vivía cerca o trabajaba en tal yacimiento. Ningún trabajador sabía en esa época que ese tipo de talco producía enfermedades respiratorias y que era cancerígeno.

Pero, volviendo a mi historia, un día Martina nos sorprendió cuando llegó con un amigo cuyo nombre no existía en un radio de mil kilómetros – Marlon Giovanni. Sospeché que se había quitado su nombre original y adoptado uno que sonara como protagonista de novela. Decía que era promotor de modelos y actores de televisión, cosa que me parecía espectacular ya que la televisión entonces era un invento novedoso y popular, aunque solo gente con medios las podía

comprar. Desde que Marlon Giovanni entró en nuestra vida, mamá decidió que había que ahorrar para comprarse una tele, que en esa época transmitían solo en blanco y negro. Mientras ese portentoso día arribaba, pagábamos a la vecina de al lado dos centavos por persona para ver en su sala el programa en donde, según nos contó, trabajaba y en el que muy posiblemente Martina lograría una posición como presentadora comercial.

Pero me empecé a decepcionar de Marlon Giovanni cuando comenzó a llegar a casa oliendo a chico maduro. Ese olor me había despertado una alarma, ya que lo había sentido entre los bolos eternos del barrio que consumían guaro hecho de fruta fermentada y vino barato. Los charamileros. Se las llevaba de gran intelectual con una lengua que se le soltaba como matraca de iglesia. Fue durante sus peroratas que por primera vez escuché los nombres de Carlos Marx y de Federico Engels, y cosas como primera internacional y partido de vanguardia. Creo que el único que entendía lo que aquel hombre envuelto en humos etílicos decía, era Julián que asistía a la nocturna y cursaba ya la secundaria.

Así como llegó el hombre oliente a chico maduro, también así dejó de visitarnos. Entre sollozos y una expresión de horror Martina nos contó que, de la noche a la mañana, había desaparecido. No se sabía si estaba escondido con otra novia, si se había ido a otro país, si huía por deudas acumuladas. Pero ella debió saber algo más porque insistía diciendo creo que se metió a babosadas y se fue con Pancho. Decir “se fue con Pancho” en ese tiempo significaba asesinato a manos de la policía judicial. Pero yo más bien pensaba que el tipo había conseguido el gol que buscaba con mi hermana y, como de adulto entendí, seguramente ya andaría buscando otro campo donde hacer otro tanto. Nunca más supimos de él.

En esos días Martina decidió emigrar a un mundo más grande para aliviar sus temores y amargura - los yunaites.

Cada vez que hablábamos por teléfono en las cabinas de Intel, me contaba de las maravillas de su nueva vida. Tenía empleo, rentaba un apartamento y lo primerito que había comprado era tele a colores. Aquí hay de todo vos, decía en tono estridente. Con orgullo prometió que, un día de estos me compro un carro, aunque sea carcachita, pero lo voy a hacer, vos. Cuando cumplí dieciséis y terminé el sexto grado de primaria sabía que tenía que irme a ese lugar maravilloso. En ese entonces vivíamos en el Barrio los Shumos en las orillas de la ciudad capital, a donde habíamos emigrado de la costa atlántica. Shumo era un epíteto con toda la intención de herir a la gente de tez más oscura, indígena, sin educación formal y sin pisto. Mas, el hecho de que la gente no cambió el nombre del barrio, puede haber sido un intento temprano de apropiarse y darle vuelta a un término injurioso en algo positivo.

Mamá Justiniana Mosquera había comprado el lote con todo y una barraca sin que nadie en la familia se enterara. Ese lugar fue nuestra salvación. Habíamos vivido en la costa, en donde Martina, Julián -- el mayor de nosotros-- y yo, nacimos y crecimos. Allí fue donde papá, Teófilo Alux, trabajó como muellero para la frutera por muchos años. Territorios inhóspitos de tierra negra, selvática, super fértil, caliente como las brasas del poyo de la cocina de la abuela. Paludismo, fiebre amarilla, reumatismo y parásitos intestinales eran enfermedades tan comunes que nadie se sorprendía cuando alguien caía en cama. Con excepción de las madrugadas, aún los días lluviosos ardían. Al horno de las noches se sumaban miles de zancudos que zumbaban en los oídos hasta el amanecer, unos perfectos cretinos. Solo así me explicaba el por qué chillaban tan agudo en los oídos de uno, como en tono de burla, en lugar de chupar sangre y escapar

silenciosamente. Se pasaban de listos. Cada noche aplastaba docenas. Siempre me cubrí de pies a cabeza con las sábanas blancas que mamá lavaba con hojas de amate.

Todos los días papá salía al trabajo vestido en pantaloneta, incluyendo una azul que le había dado el equipo de fútbol “Filibusteros de la Buga” en donde jugaba de defensa central. Aquí la bola puede pasar, pero el jugador ni a putas, repetía lleno de sí mismo. A veces llevaba una camiseta sin mangas exponiendo sus brazos bronceados, largos y huesudos, calzando chancletas de hule cuyo flip-flop-flip-flop lo anunciaba de antemano por todo el camino. Se preocupaba más por sus Víctor que consumía sin parar, echando humo como máquina de tren bananero. Bueno contra los mosquitos, explicaba.

Era mamá quien a diario le recordaba de no olvidar la toalla de playa, ponete el sombrero, hombre, y llevate la vianda del almuerzo, era la cantaleta que le oíamos todas las mañanas. Él seguía soñando con ser apuntalador que, aunque pagaba un poco menos, era una labor fácil, decía, porque, “fíjate pues, crecí sembrando y tapiscando la milpa, y me conozco los bananales como la palma de la mano”. Mas, su título oficial de estibador lo definía claramente como cargador de barco, y no había ninguna posibilidad de cambio.

Se echaba racimos de hasta cincuenta libras sobre la espalda y caminaba cien metros entre las olas bamboleantes desde la orilla hasta la popa de las barcazas, las que luego llevaban esa carga preciosa a los barcos de la Gran Flota Blanca, todos los días, hasta que se terminaba la luz del sol. Entonces empezaba el turno más duro – el de la noche. El muelle se alumbraba con unas bombillas de luz eléctrica que más semejaban la brasa de los Víctor, y con las linternas de metal cromado amarradas en la cabeza, como un tercer ojo, de cada muellero. Papá decía que “esa hora de trabajo se la asignan a uno, mijo, como castigo. A mí me pusieron ahí por contestarle algo duro al guachimán una vez, y las otras por porfiarle al capataz, fíjate”.

Como apuntalador hubiera simplemente fijado con mecates los tallos de los bananales al suelo para que no los dañaran los inclementes vientos que a veces azotaban las fincas de la iunai, como les llamábamos a la United Fruit entonces. El único riesgo del trabajo era la tamagás y la barba amarilla. Una mordida de una de estas víboras, y la vida se iba en menos de una hora. El veneno corría muy rápido y solo nombrarlas nos producía escalofrío.

Los apuntaladores tenían donde vivir en las plantaciones, y también algunos cargadores y estibadores suertudos que habían sido seleccionados por lotería. Hasta arriba del cerro vivían los gerentes, cuyas casas era grandes, lujosas, de patios repletos de buganvillas, geranios, chatías, rosas, helechos y sansevieria. Hasta alberca tenían. En el medio del cerro habitaban los técnicos y caporales en casas de tres ambientes, corredor con hamaca y mecedoras confortables, pero sin alberca ni jardines. En la base del cerro, apuntaladores, muelleros, cargadores y guachimanes contaban con barracas de techos de lámina de zinc y paredes de block las más modernas, de adobe las más viejas. Algunas de éstas todavía tenían el piso apelmazado y las más modernas, cemento. Quizás lo único bueno de no vivir en la plantación misma era que a papá Teo le pagaban con dinero y no con cupones, por lo tanto, no estaba obligado a comprar en la tiendona, dentro de la finca, donde solo allí valían.

Alquilábamos en el pueblo una pieza de dos cuartos con cocina, en donde cabía una mesita y una estufa de kerosén de dos hornillas. El inodoro ciego quedaba en el patio trasero, que compartíamos con las otras familias del palomar. No teníamos limitaciones de entradas y salidas, como era en la plantación. Fumando y contando chistes con sus amigos estibadores, papá pasaba

ladeado sobre una mesa a la entrada del palomar jugando chivo, damas o dominó buena parte de las noches y los fines de semana.

Mamá comenzó a ahorrar pisto porque una vez tu papá se vuelva viejo, me explicó, la compañía le va a dar una patada en el trasero y nos vamos a quedar chiflando en la loma. Religiosamente ponía los billetes dentro de una caja de pino pintada con líneas rojas y amarillas, que había comprado en la calle de una vendedora de Totonicapán. Le echaba candado y guardaba la llave en su corpiño, en donde también escondía el dinero del día en un pañuelo amarrado tres veces. Nadie más que yo conocía el secreto. Mientras papá Teo trabajaba en el agua del mar cubriéndole la cintura, yo salía con una caja de lustrar zapatos hacia la plaza central a donde llegaban los marinos en día de descanso. Gritaba a todo pulmón: ¡Shu shain mister! ¡Dos manos de shinola! ¡Dos manos de shinola! Las mejores tardes eran cuando llegaban los gringos, en sus limpios uniformes blancos con birrete colgando de una de las charreteras, pavoneándose en torno al kiosco con las muchachas del “Beso Final”.

Había que tener mucho pisto para entrar a ese burdel. Los marinos acostumbraban a tirar las cuaras pegándoles con el pulgar para hacerlas volar dando vueltas y vueltas en el aire. Me quedaba estático con la vista en el cielo, esperando atraparlas antes que cayeran al suelo. Una cuara era cinco veces más de lo que cobraba por dos manos de shinola y pulida, hasta dejar los zapatos bien charolados. Lo mejor era cuando las muchachas también se lustraban. Me mostraban generosamente sus muslos al levantar el pie y ponerlo sobre la caja. Me tomaba mucho tiempo esa limpieza de zapatos coquetos. Invariablemente volvía a casa con una fortuna y el intrigante deseo de descubrir lo que existía más allá de esas piernas. Julián deambulaba por las calles vendiendo el periódico del día, anunciando a todo pulmón los titulares. Con el tiempo aprendió a agregarle algunos detalles para picar la curiosidad de los peatones y estimular así la compra. El apodó “el gritón” lo persiguió hasta la gran ciudad a donde emigramos varios años más tarde. Vendía todo el encargo. Martina y mamá Justiniana vendían almuerzo a los obreros de la construcción. De estos esfuerzos se originaba la mayoría de los ahorros que sigilosamente mamá guardaba en su caja de Toto.

Un lunes, ya entrada la noche, papá Teo volvió a casa caminando como si de pronto la vejez lo había asaltado. Se quejaba de un dolor en la espalda. Estoy más salao que los huevos de un muellero, lo oí quejarse con mamá Justa. Al verla salir del cuarto con un nudo dibujado en la frente supuse que había serios problemas. Pero lo único que dijo, señalándome con el índice y en tono inapelable fue: “Nufo, te vas conmigo a la capital a primeras horas de la mañana. Vamos a preparar la casa para salir de esta pocilga”.

Odiaba en silencio que me llamara Nufo. Los patojos lo asociaban con tufo. Aunque Arnulfo no era un nombre, digamos, elegante, el diminutivo Nufo era definitivamente peor. Se prestaba a bromas que, dependiendo del momento, podrían ser crueles, tales como “¡Hey, vos, Nufo! ¡Tenés un tufo, que si no te bañas, te volverás tartufo!” Cosa que entendía solo a medias. Pero igual, me ofendía.

Varios días más desoués supe que la tarde en que llegó a casa caminando muy lentamente y doblado como si hiciera el saludo que le vi hacer a los marinos japoneses, papá Teo había sido mordido por una tamagás. Esa mañana se había echado sobre la espalda un racimo verde más grande de lo usual, y al dar los primeros pasos hacia la lancha sintió una mordida en la región del omóplato derecho. Por fortuna estaba cerca de la playa. Botó la carga y corrió vacilando entre las olas y la arena en busca de auxilio. Los músculos se le contrajeron, sintió que la cabeza se le

abría en dos, y un hormigueo recorrió su espalda. Dos compañeros de trabajo lo sacaron hasta la arena seca y se quedaron con él hasta que llegó una ambulancia de los Bomberos Voluntarios. El caporal llegó a media tarde a la sala de emergencia y, al verlo tranquilo, le ordenó volver al trabajo. Hay diez hombres deseando tu chamba, pues, aseveró. Pero la fiebre y la diarrea que lo habían colmado desde el mediodía continuaron hasta el día siguiente. Perdió el trabajo.

Indignada, además de maldecir a “los chelones” por traer costumbres crueles a nuestra tierra, mamá ordenó que nos íbamos a buscar vida en la ciudad capital.

Papá Teo había aprendido de su padre a sembrar, tapiscar, cuidar el rastrojo, y cargar bultos pesados; habilidades requeridas muy poco en la gran urbe. Había crecido en los Platanares, en donde sus progenitores habían vivido como mozos por dos generaciones en la Finca El Trapiche. A cambio de trabajar la parcela, mi abuelo cortaba caña y trabajaba en la molienda. A veces el patrón le daba panela o miel de trapiche, negra como las abejas maliponas Mayas, pero nunca un salario. Eso forzó a Teo, el hijo mayor, a emigrar en cuanto se unió en secreto con Justiniana, a quien describía, rebosante de orgullo, como la muchacha más trabajadora del paraje. Cuando le pregunté sobre la razón de por qué hizo lo que hizo, me confesó que tenía miedo por el patrón. Fijate, como así era la costumbre, el finquero tenía el derecho de llevarse a cualquier muchacha casadera, mucho más antes que el novio. Pero yo, no iba a permitir que un jueputa le pusiera la mano a la Justa. Partimos a medianoche para la costa, porque la frutera era entonces la empleadora más grande. Así papá pasó, de un día para otro, de campesino a muellero de la iunai.

Emigramos a la capital primero Martina y yo con mamá Justa. Papá Teo y Julián se quedaron varios meses en el puerto arreglando deudas y otras cosas que no valen la pena contar. Todos fuimos adaptándonos poco a poco a lo que nos parecía una inmensidad de gente apiñada. Con los meses nos fuimos dando cuenta que no extrañábamos ni la humedad, ni el calor, ni los zancudos chupasangre. Por primera vez en mi vida pude dormir sin taparme la cara con las sábanas y, por lo tanto, sin empaparme de sudor en las noches. Martina encontró empleo en una tienda de turcos que vendía sombreros importados de Cuenca, Ecuador, llamados panameños quien sabe por qué, pañuelos de seda de la China, y alfombras tejidas en Estambul, las que eran una novedad porque éstas no existieron en el país hasta que los turcos abrieron su almacén. En cuanto llegó del puerto, Julián se empleó de cobrador en la Curazao, una tienda de electrodomésticos. Perseguía, casa por casa, a clientes morosos. Al darse cuenta de que a la suela de los zapatos se les hacía hoyos muy rápido, empezó a ahorrar y consiguió un préstamo de un usurero que vivía a la vuelta de la esquina de nuestra casa. Así se compró una de las primeras Honda que llegaron al país. Le pusimos la pedorra por el ruido insoportable que producía el escape.

Mamá comenzó a vender comida criolla los domingos, y a los pocos meses puso una pulpería. El éxito fue efímero porque una vecina, al ver la clientela numerosa de mamá Justa, decidió abrir otra más ofreciendo los mismos productos a precios más bajos.

Papá Teófilo veía pasar los días y los meses sin encontrar la manera de usar sus habilidades de cargador y sus limitados conocimientos agrícolas. Se hamaqueaba un día cantando en fragmentos que le salían entre bocanada y bocanada del Víctor:

Ando volando bajo,
mi amor está por los suelos,
y tu tan alto tan alto,
mirando mi desconsuelo

sabiendo que soy un hombre,
que está lejos del cielo.

Esa vez, mamá se acercó sin que se diera cuenta y le espetó en voz firme y amenazante: Mirá vos Teo, en lugar de estar cantando babosadas, tirado allí como si no debieras nada, ¿por qué no vas a la estación del tren y conseguís trabajo? Aunque seya de carretero encontrás. Ahí alquilan carretas de fletero, hombre.

Al mes de trabajar jalando una carreta de llantas de hierro, llevando muebles de mudanzas de una casa a otra, o acarreando cargas enormes de fruta y vegetales de mercado en mercado, decidió que estaba muy viejo para labores tan pesadas. Se le fijó tal conclusión, me relató después, que un día tórrido en que vio a un muchacho empujando una carretilla de helados, le preguntó sobre el peso de tan novedoso vehículo. Al oír al muchacho decirle pesa nada, hombre, las llantas de hule ayudan, fijese, papá quedó convencido de que tenía que cambiar de empleo. Pero lo que esa vez cerró el asunto fue cuando el muchacho le aseveró que mire uste, gano lo suficiente pa' comprar mis frijolitos y pagar el cuarto. Allí mismo, en ese lugar y hora decidió que hasta aquí llevo yo, ya no chambeo más como macho de carga, arruinándome más la vida. Se hizo carretero de Helados Pachanga.

Anunciaba sus delicias con el rin rin de una hilera de cinco diminutas campanas de bronce cromado, a la vez que en voz aguda gritaba dirigiéndose a una clientela imaginaria, “helao solo pa'l encantao, helao solo pa'l pelao”, lo cual producía curiosidad y risa entre la niñez de los barrios por donde circulaba. Papá Teo se dio cuenta que sus dichos tenían buen efecto, ya que a menudo se armaba un alboroto de infantes en torno a su carretilla. Casi siempre vendía todo el tesoro contenido en el pequeño iglú móvil. Pocos meses después de haber empezado en esta faena, se le ocurrió que podría ganar algo de dinero extra si, a la vez que vendía helados, ofrecía dulces de chocolate.

Así comenzó su propio negocio a escondidas de la heladería, y agregó a sus gritos: “chocolates twist pa' que se le arregle la nariz, chocolates y helao, pero no doy fiao”.

Con el tiempo papá Teo se convirtió en personaje de barrio junto a una serie de individuos que adornaban el paisaje urbano. Uno de los más floridos era el húngaro andrajoso que gritaba en las esquinas ¡peines baratos! ¡peines baratos! Al llegar a cada esquina se detenía por varios minutos viendo al frente con sus ojos claros y mejillas asoleadas. Se ajustaba una chaqueta amarillenta, se arreglaba el pantalón ruido por el tiempo, apretaba el cincho, y sacudía las sandalias por las que salían largas y curvadas cucharas de dedos fangosos. De porte erguido, como bailarín de música clásica, caminaba meditando cada paso, viendo fijamente al frente y anunciando sus peines en tono melancólico. Cuando desde la banqueta alguien lo llamaba para comprarle, el húngaro ceremoniosamente se detenía, luego volvía el cuello en dirección de donde había llegado la voz, e iluminaba con sus rojas mejillas a la posible compradora, para después volverse y mirar directamente al frente y continuar rumiando ¡peines baratos! ¡peines baratos!

Papá muy rápidamente aprendió a no encontrarse con el húngaro en la misma calle. Ocurrió un día asoleado cuando de repente un hombre que le sacaba una cabeza entera de altura por detrás le golpeó el hombro diciéndole, con gestos de mano hasta entonces para él desconocidos: “Es que, coño, esas campanitas me complican el canto de los peines. Te lo explico: produces decibeles tan altos que interfieren con el bajo tono de mi voz. ¡Debierais saber que este es mi día en el barrio! ¡Joder, tío!”

Y apuntando con todo el brazo en dirección a la Estación Ermita, el húngaro le indicó a Teo por donde irse.

También llegaba el hombre del sombrero mexicano que ofrecía enmendar ollas y afilar cuchillos. Pedaleaba un triciclo con una canasta en la parte posterior, llena de herramientas en bolsas de lona, una batería de carro y una rueda montada en un triángulo metálico. De manera muy estudiada sacaba una pistolita conectada a la batería con la que fundía estaño sobre los trastos amellados. Luego activaba la rueda de esmeril con ambos pies. Al poner el metal de los cuchillos sobre el esmeril, se disparaban chispas como las estrellitas de pólvora que quemábamos en las fiestas navideñas. En cada esquina y a cada cierta distancia de la cuadra anunciaba su oficio con la frase corta de un silvato que le colgaba sobre el pecho. Al oír el tuit-tui-tuióóó, tuit-tui-tuióóó sabíamos que el remendón visitaba el barrio. La gente salía a la calle, aunque no tuvieran nada que reparar, como si su sola presencia conjurara la alegría del carnaval.

Cuando papá Teo llegaba con la carretilla de helados pateando las calles de Los Shumos, y gritaba su invitación a halado y chocolates, ninguno de la familia se atrevía a salir. Sentíamos pena por él y vergüenza por nosotros. Creo que la razón tenía que ver con la pobreza material y un profundo sentido de culpa por vivir en tal condición.

Ahora que lo veo todo hacia atrás, he llegado a concluir que de algún modo esos personajes, papá incluido, se habían distribuido los días del mes, puesto que cada semana siempre uno solo de ellos llegaba con su diversión y entretenimiento. Nunca coincidían. Papá estaba dispuesto a ganarse la vida en cualquier actividad económica lícita, excepto los chocolates, y sin causarle daño a nadie, media vez así pudiera contribuir a la economía familiar, sin preocuparse del valor real de las cosas, un poco como hippie tropical. Sin embargo, viendo las cosas desde la distancia que dan los años, también pienso que nosotros, sus hijos, en ese entonces no entendíamos muy bien el significado exacto del sentido de dignidad que él encarnaba.

II

Dispuse seguir el plan creado por Martina que, en lugar de enviarme cartas que se tardaban semanas en llegar, decidió que mejor nos comunicáramos por teléfono. Cuando en las oficinas de la compañía telefónica decían Arnulfo Alux Mosquera, cabina siete, se me aceleraba el pulso de tanta emoción. Todo lo que quería era que me desgranara con claridad su nueva vida, ya que en sus misivas lo hacía muy a la ligera: la nieve en los árboles y las calles, los nuevos modelos de carros, los empleos y sueldos, sus amigas Niorriqueñas, a quienes llamaba las “papi” por usar el término en referencia a hombres en sus vidas, o como simple coqueteo.

La llamada más memorable fue en la que me dio el plan, me dijo vamos al grano, porque cada minuto cuenta: El primer paso es que ni se te ocurra contarle a mamá. No te preocupés, le respondí. Le da un patatús si se entera, agregó. Seguro, pues, asentí. El coyote se llama Florindo. ¿Cómo me conecto con él? Le pregunté ansioso. Calma, piojo. ... Ahorita te doy su número telefónico, Me dictó el número y agregó: es de confiar. El primo Arquímedes, en California, lo conoce. Éste te va a recoger en la frontera con México. No lo veo desde que se fue de chiquito, traté de aclararle, ¿cómo lo voy a reconocer? Martina respondió: Va a ir enseñando un rotulito que dice tu apodo, ‘nariz de chucho’. Cosa que solo la familia te lo dice. Púchica, vos, no tenías que decírselo; ya lo veo llamándome, vos nariz de chucho vení para aquí, vos nariz de chucho andá para allá. La de nunca acabar, por Dios, protesté dócilmente. Bueno. Así es, respondió mi hermana algo irritada.

Algo muy importante que quiero te grabés en el centro de la frente, como si fuera mecapal: En el instante que le ofrezcás mordida a la tira, ya de este lado, te llevan de pie y jeta a la cárcel. Te echan del país, hombre. ¿Entendiste? No mordidas a los gringos. Vaya pues, le aseguré.

En la última llamada antes de mi salida y percibiendo mi ansiedad en el tono desigual de mi voz, Martina me aseguró que te compré boletos de avión de LAX, o sea Los Ángeles, a Niuguark, en Niu Yersi. Ya los tiene el primo. Tu trabajo, hermanito, me advirtió puntualizando cada palabra, es llegar a Califas.

El plan consistía, según Martina, en que Florindo, el coyote, me guiaría por el cruce del río Suchiate y de allí por todo México hasta la línea que me separaba del mundo mágico del Norte. Florindo me describiría la forma en que llegaríamos hasta Mexicali. Ya en Calexico, Arquímedes me llevaría directo a LAX. Allí tomaría vuelo a Niu Yersi, lugar en que Martina me esperaría. Llevaría una mochila con tres cambios de ropa, y en la cartera portaría suficiente pisto para comer y pagar cuarto por tres semanas, que calculaba era el tiempo que tomaría llegar a la frontera. De manera que, sin decir ni una palabra, salí de casa en la fría madrugada de un sábado de octubre, cuando ya se llenaban las mañanas y las tardes de fuertes amarillos y naranjas entre los cerros del horizonte lejano.

Las cosas empezaban a funcionar. Florindo esperaba al grupo en la terminal de la Galgos, de donde partimos a Tecún Uman. El Suchiate estaba cabal allí. Debido a que llegamos ya entrada la tarde de ese sábado, debíamos quedarnos a dormir en el pueblo esa noche y esperar al día siguiente para el cruce. Esa noche Florindo nos explicó que hasta allí llegaba su responsabilidad. Los coyotes mexicanos nos guiarían de ese punto en adelante. Al día siguiente, antes de echarnos al agua el nuevo coyote, que ni siquiera el nombre supimos, me preguntó que cuántos baros traes, pues. Después que me explicó que baros significaba dinero, le expliqué con una mentira pequeña, que fuese que suficiente para sobrevivir una semana. Me respondió: mira vato, hay muchos ladrones de aquí hasta la frontera del norte. Yo voy a cuidar todo. Los demás ya me dieron hasta sus anillos y ya solo tú faltas, carnal. Al llegar al punto en que otro coyote los contactará a ustedes, para pasarlos al otro lado - me explicó en tono de saber lo que decía - te devuelvo hasta el último baro. Le di mi cartera, con todo y la diminuta foto de mamá en un compartimento con ventanita de plástico transparente.

Nos encaramamos en un tren local de Tapachula a Arriaga. Cuando llegamos, el hombre ordenó bajarnos al pedalazo. En Arriaga debíamos colarnos en el tren que pasaba en la orilla de la ciudad y viajar gratis rumbo a Ixtepec, Oaxaca. Aquí entonces cogeríamos otro más, y nos iríamos escondidos en los vagones traseros hasta llegar al entronque de Sonora y Baja California, en donde tomaríamos camioneta hasta la frontera. “Aquí nos quedamos un par de horas nomás” explicó y agregó, “el otro tren sale temprano en la noche”.

El grupo de ocho esperaba sin ningún apuro en la plaza del pueblo, cuando el coyote nos dijo que iría corriendito a una pulpería para traernos algo de comida. No volvió. Nos abandonó sin ni un centavo o algo de valor para vender, y sin idea de cómo hacer para engancharnos en el tren nocturno. La traición del coyote me dio mucha cólera, que se acentuaba con la oscuridad del atardecer. Estaba por llorar cuando una señora vistiendo blusa blanca y falda estampada que le llegaba a los tobillos y ayudada por un bastón color tinto, se detuvo por varios minutos inquiriendo sobre nuestra procedencia y destino. Al contarle lo que nos había sucedido, piadosamente nos dio unos pesos y sugirió el templo evangélico Olivos de Getsemaní, que quedaba sobre la Avenida Central. Está cerca, nomás agarran esta calle derecho, derecho, y ya

llegan. Seguro qui'ái les dan refugio, nos aseguró con un cantadito en el habla que nunca había oído.

Estábamos hambrientos y exhaustos. Yo era el patojo del grupo y recuerdo muy bien que el sentimiento de pérdida y abandono me dificultaba respirar. Nino Silva Nicanta, el pastor, nos dio la bienvenida con una sonrisa que, dado el desastre en que estábamos, me pareció inexplicablemente jubilosa. Pero, cuando los ocho (dos muchachas, cinco hombres, y yo) sentados en el patio interior devorábamos un exquisito plato de gallo pinto, el pastor nos advirtió que solo podría ayudarnos por un par de días.

No sé de dónde me vino el valor, pero a la mañana siguiente fui a hablarle en su oficina. Entre lágrimas le expliqué que no podía volver a mi casa, primero porque mis padres me castigarían muy duro por haberme ido sin su permiso y, segundo, porque además de peligroso, no teníamos ni un centavo. No te preocupes chamaco, me aseguró. Se me acercó y formó un paréntesis con las palmas de las manos, poniendo mis mejillas entre medio, y me dijo: Tú te quedas por el tiempo que necesites. Es más, llama a tu gente en el Norte para que sepan estás bien. Le agradezco con el corazón en la mano, le respondí inclinando la cabeza varias veces, un poco confundido por sus gestos y sin entender de dónde se me había venido esa expresión que, en el mismo instante en que la expresé, la sentí servil. Pero me sentía aliviado por tener techo sobre la cabeza y que ya Martina estaba al tanto.

Pese a mis ruegos para que los demás también pudieran quedarse unos días más, el pastor me insistió que lo hacía por mí, porque eres chamaquito, pero no te preocupes. Les daremos algo de lana. Además, ya encontrarán el aliento del señor que los enviará a su destino, concluyó, y de inmediato se volteó hacia una repisa llena de libros. Al salir de su oficina me prometí una sola cosa: llegar al Norte a como diera lugar. No podía verme retornando a casa en harapos. Hambriento. Derrotado.

Después del desayuno del tercer día, vi al grupo salir hacia la estación de buses. Les deseé buen viaje y les dije que muchá, no se preocupen por mí, ya veo cómo me las espanto.

Esa misma mañana Nino Silva Nicanta me explicó que debía contribuir haciendo mandados y con la limpieza de los baños comunes y el aseo de su dormitorio. Empecé mis tareas con ahínco. Calculaba que mi dedicación podría ser compensada a largo plazo con casa, comida y algún dinero para el viaje al Norte. Esa noche, cuando ya estaba en el catre listo para dormir, el pastor abrió la puerta para decirme que duermas bonito, Nufo. Te portas bien. Cerró la puerta con la lentitud que baja el telón de un cine.

Al día siguiente tomé con empeño mis labores de limpieza inmediatamente después del café de la mañana. Luego de terminar el trabajo fui a la oficina del pastor a informarle que iría al centro del pueblo en busca del coyote ladrón. Ni se te ocurra, esa gente es peligrosa. Anda solo a conocer un poco y vuelve pronto, me advirtió, viéndome directo a los ojos. No le hice caso. Fui a la estación de buses. Oí la voz metálica anunciando las horas y rutas de salida. Vi pasajeros corriendo al andén de donde salían los buses, pero no encontré al coyote sin nombre.

Me dirigí hacia el parque del centro y me encontré en una de las bancas a un hombre de pantalones idénticos a los calzones largos y blancos de mi abuelo. Estaba vestido también de camisa blanca de mangas largas, sombrero de palma maltrecho, y guaraches muy desgastados. Me senté junto al extraño pensando que, después de todo, mi estado no era tan trágico y me dije

“pobrecito”. Le pregunté que si iba de viaje. No, me respondió y agregó: pero si necesitas cambiar pasta, te la cambio a buen precio. Deduje que me había identificado como extranjero por mi acento y, quizás, por mi vestimenta. Se me ocurrió responderle con la pregunta ¿y en qué rumbo queda el norte aquí? Me vio sorprendido y con una sonrisa radiante exponiendo sus caries, señaló en dirección del templo evangélico. Le di las gracias y pensé, la vida da sorpresas. Por allí va el camino, me repitió.

En la noche el pastor volvió al dormitorio. Esta vez se sentó en la orilla del catre a darme consejos sobre la maldad en las calles. Mientras hablaba pasaba la mano en la sábana sobre mis piernas. Me moví hacia la pared para evitarlo. Caminaste tanto este día. El masaje te cae bien, insistió. Salió del cuarto deseándome que duermas bonito, Nufo.

A la mañana siguiente me pidió ir a su oficina en cuanto terminara el oficio. Ahora que ya te habituaste a la casa, quiero que me ayudes con otras cosas. Hay que coleccionar algo de lana, para ayudar esta casa y a ti para continuar tu viaje. Para eso quiero que participes en el culto de los fines de semana. ¿De acuerdo? Pensé que no podía decir no. Aquello era una manera de estar ocupado, pagar en trabajo su bondad y de coleccionar algo de pisto para el viaje. Me dio todos los detalles desde como pasar la bolsa entre las bancas, la manera de agradecer cada donación, y el lugar a donde llevar la lana (que hasta entonces para mí era pisto) coleccionada. El momento que empezamos a cantar el himno tú te diriges a las bancas de atrás:

Ropa blanca tengo
Cinturón de oro
Todo para mí
Porque Cristo me salvó
Con su gozo me llenó
Aleluya rebosando

Nosotros seguimos cantando, pero es aquí, cuando oigas “rebosando” en donde tú entras. No esperes más. Pasas la bolsa de izquierda a derecha, empezando en las bancas de atrás hasta llegar a la hilera del frente. Si se llenó, simplemente te vas. Si no se llenó te tocas la nariz. Nosotros seguiremos repitiendo el himno, y tú entonces, empezando en la banca donde te detuviste, te vuelves hasta atrás y la pasas de nuevo.

El fin de semana fue mi estreno como colector. Al vaciar la bolsa por primera vez había bastantes monedas, unos cuantos billetes y varios pares de aretes, cadenas y pulseras doradas. Desde esa vez me di cuenta de que siempre coleccionábamos cientos de pesos. El pastor ponía a la venta todos los objetos donados, o los llevaba a un montepío; con ese dinero la cifra total subía considerablemente.

La noche de mi primer culto, la señora a cargo de todo lo doméstico en la casa pasó apagando las luces del corredor. Quizás ya lo había hecho antes, pero fue esa la primera vez que me di cuenta. Todo quedó a oscuras, excepto por una luz muy pálida que se colaba de la calle. Pude ver en la penumbra del cuarto el perfil del pastor que entró sin hacer ruido. Se sentó a la orilla del catre y, sin decir nada, comenzó a sobarme las piernas como lo hizo el primer par de noches de mi estadía en el templo. De pronto sentí que me tocaba mis partes íntimas. Lo rechacé con fuerza, pero insistió. Era una sensación de disgusto y gusto a la vez.

Me recordé del ligero toque eléctrico en la espalda que las mujeres en minifalda del Beso Final me habían producido cuando les lustraba los zapatos. Era el mismo rugir en las entrepiernas que sentía con Marcela cuando nos íbamos de capiusa al barranco, al fondo de Los Shumos. Allí nos pasábamos besuqueando y tocándonos por horas. Terminaba con el calzoncillo mojado y con un dolor en el bajo vientre que me atormentaba el resto del día. Hasta que ocurrió lo inevitable. Entre la yerba verde apelmazada y las campánulas amarillas y azul violeta perdimos nuestra inocencia. Nos asustamos al ver sangre. Horrorizado corrí a la Farmacia Figueroa, que quedaba a unas pocas cuadras, a comprar toallas sanitarias. Marcela con su cabello azabache completamente revuelto, en medio de sus lágrimas y una risa entre alegre y triste, me dijo que todo estaría bien, que no me preocupara. Ese lugar se convirtió en el espacio de nuestras grandes promesas y sueños.

Una mañana después de cumplir con el trabajo de limpieza me presenté en la oficina de Nino Silva Nicanta con los trapos, la cubeta con vinagre, y la escoba, listo para la limpieza. Antes de comenzar a sacudir el polvo, el pastor con una amabilidad que no había visto antes me interrumpió señalándome una pila de billetes en la gaveta del escritorio. Me dijo, mira lo que hemos colectado. Hace apenas tres meses que comenzamos y, ya ves, tu sueño se cumplirá. Sin contenerme de la alegría lo abracé y le prometí que algún día volvería a Olivos de Getsemaní.

Con el pisto fui a la casa de un coyote local recomendado por la señora de la cocina. El hombre me dio instrucciones para unirme a un grupo que saldría en un par de días. Al volver al templo llamé al primo y Martina. En la mañana del próximo día salí con el mismo entusiasmo con que había salido de la casa en Los Shumos. El pastor me aconsejó poner mucha atención a todos los detalles del viaje, para así memorizarte el camino de vuelta al templo, por si algo te pasa, y porque me vas a hacer falta, puntualizó.

Memoricé el nombre de los pueblos donde parábamos, los hospedajes, las camionetas, y hasta la mordida que había que darle a cada policía federal que nos encontrábamos. Ya en la frontera el coyote me metió en el baúl trasero del carro de una familia que iba y venía por la frontera todos los días. Salimos de madrugada de Mexicali. Al llegar a Calexico me cambiaron al sillón trasero y me dijeron “esta es la primera calle este, nomás te vas derechito hasta encontrar la estación de buses de la Greijaund. Nosotros continuamos por veinte kilómetros más, hasta El Centro, pero es muy riesgoso que sigas en el coche con nosotros. Buena suerte, chamaco”.

III

El viaje de Los Ángeles a Niuguark fue tan tranquilo que no vale la pena contarlo. Más bien quiero hablar sobre la forma que sobreviví y cómo es que, aun cuando ya tenía chamba y algún futuro, decidí volver a Los Shumos.

La vida en Niu Yersi no era ni fácil ni bonita, pero sí interesante. Trabajé en un taller de costura y lavado de ropa en seco. Trabajaba de las nueve de la mañana a las diez de la noche, pero yo feliz de haber encontrado empleo tan luego. El dueño Alessandro, a quien todo mundo simplemente llamaba Sandro, me agarró como el hijo que no tuvo. Era un hombre exuberante y de carácter volátil; mezclaba italiano y español con inglés y siempre hablaba juntando los dedos de la mano, semejando el pico de un pájaro viendo las nubes. Los elevaba a la altura de la quijada y, en tono como si en ese minuto se fuera a extinguir la vida humana, decía cosas que con el tiempo supe eran, en su mayoría, triviales. Pero cuando hacía dos picos de pájaro sabía

que tenía que hacerme invisible, salirme del taller y retornar horas más tarde. Era una explosión de movimientos acalorados y gritos.

En realidad, sin importar lo que estuviera sucediendo, Sandro siempre hablaba con pasión. Con él llegué a hacerme experto en el trabajo de limpieza, planchado en seco, a zurcir y modificar pantalones, chaquetas, y otras piezas de vestir. Incorporé a mi vocabulario palabras y frases como “pronto”, “ciao”, “sto bene” “¡vaffanculo!”. La clientela era mayoría mujeres. Unas salpicaban el inglés con italiano, tal como Sandro; otras sustituían la “r” con la “l” en español. Me encantaba cuando me decían “glacias mi amol”. Ellas eran las “papi” que ya Martina me había mencionado.

Había otros clientes que siempre me confundían porque no sabía qué pronombre de tratamiento usar con ellos, dado que metían vos, tú y usted en la misma expresión como, por ejemplo: “¿Puede limpiarme este vestido? Dime si lo puedes tener listo para hoy mismo, papi. Como podés imaginarte, estoy en apuros”. Según mamá Justa, “vos” se usa con gente igual a uno, “usted” con extraños o para expresar respeto a mayores, y “tú” era de presumidos, o sea, quienes querían que uno supiera que eran viajadas, o para demostrar alta educación. Tenía una crítica lapidaria contra el uso del tú: “Puras huecadas, mijo”, decía, “esa gente se la lleva de cagar en alto”. ¿Qué hacer con quienes usaban los tres tratamientos en la misma oración? En mi nueva vida la sabiduría lingüística de mamá Justa se fue al diablo. Todo ahora era como estrenar ropas que nunca había vestido.

Sandro también tenía una pizzería, que además de pizza ofrecía comida mexicana. Se llamaba “Sapore Mexicano”. Cuando la clientela en la lavandería estaba escasa, me daba un delantal negro y me mandaba a lavar trastos, limpiar y preparar mesas. La clientela venía de todos lados en América Latina. Fue allí donde por primera vez oí términos como boricua, paísa, pata, pero también Hispano y Latina, términos que convertían en harina del mismo costal a todos los inmigrantes. Allí cociné por primera vez algunos platos que todavía hoy, a pesar de tener esposa, preparo los fines de semana.

El cocinero siempre me llamó “hey, tú pinche, tráeme esto y cuando termines cortas las zanahorias a la juliana, güey”. Al principio me sentí atacado por el uso de los apelativos “pinche”, y “güey”, porque para mí “pinche” es alguien tacaño, o insignificante, y “güey” que yo lo pronuncio “buey”, denota una persona de pocas luces, no muy lista. Pero pronto me explicaron que en la cocina mexicana el primero significaba ayudante, y el segundo era similar al “mano” chapín, el “mae” tico, y “dud” de inglés.

Mientras viví durmiendo en la sala del apartamento de mi hermana no tuve problema con el piso. Más bien ahorré bastante. Pero pasados varios meses Martina me dijo que, ya que estás establecido, Nufito, vas a tener que ir buscando tu propio lugar. Y para que no me quedaran dudas movió las manos como si estuviera barriendo, acompañando el movimiento con “chanín, chanín, pues”. Un poco preocupado pensé: “Ya se me puso yuca la cosa”, como decían mis recién conocidos guanacos. Me fui a vivir con Raymundo que tenía un cuartito sin uso en el apartamento de su familia. Estuve así hasta que empecé a sentir miradas invitándome a la calle. Alquilé entonces un estudio, como se le llama a un apartamentito con un dormitorio, una cocina chica y un espacio llamado cuarto para desayunar o breifas rum. Pero como dicen, no hay mal que por bien no venga, ahora tenía mi propio espacio y podía traer bebidas a mi refri (había vivido bajo la ley seca de Martina). Además, podía comer cuando quisiera y, claro, soñaba con finalmente levantar chavas.

Antes de migrar había oído que las gringas, que siempre las imaginé rubias, eran fáciles, y que se morían por darse escapaditas amorosas con los románticos, piel morena, pelo negro, y atléticos latín-lovers. Sentía que llenaba los requisitos de toda esa lista, y hasta me consideraba muy macho porque contaba con experiencias sexuales con mujeres y hombres (valga aclarar, con uno nada más, pero cuenta).

Pero nunca conecté con las tales busca-latín-lovers. Creo que o es que la idea de gringa fácil era falsa, o yo no tenía las habilidades o carecía los conectes, o el “luk” como se dice. En el ámbito vacío del estudio fue donde después de pensar largo y tendido, concluí que me debía contentar con las muchachas de las sombrillas que visitaban el parque los sábados.

Pero en la soledad de ese estudio fue donde con frecuencia se me asomaban los ojos redondos de pestañas largas y adormecidas de Marcela; sentía el bálsamo tibio de su voz rodándome por toda la piel. Era cuando me recordaba de la promesa de traerla a vivir conmigo en Niu Yersi. Ahora, sin embargo, ya no quería que viniera a vivir lo que yo vivía. En vez de eso, me prometí que volvería para hacerla feliz en nuestra propia tierra. Desde esa soledad y mudas conversaciones con Marcela se me despertó un hambre insaciable por hacer pisto lo más rápido posible. Después de todo, me vine en busca de eso. ¿Qué estoy haciendo, por Dios santo?, me recriminaba. Ya tenía más de dos años de trabajar de costurero y de sirviente para Sandro, cosa que no iba tan mal. Ya contaba con ahorros que me alcanzarían para migrar de vuelta y, con suerte, montar una lavandería en seco con dos máquinas. Pero quería algo más grande.

Un día solitario, en que uno siente que cae de a poquito en un pozo oscuro y sin fondo, fue cuando la idea de ayudar a los demás y ganar bien afloró en mi cabeza. Se me vino la memoria de papá Teo cuando me dijo “hago caridad y gano mis centavos”, cuando me explicó la razón por la que, en la calle, durante el frío de diciembre, se quitaba su chumpa, suéter, o chaquetón y cubría la espalda de algún desconocido tiritando en la calle. “Veo la caridad”, le decía entonces y preguntaba, “¿dónde está el beneficio?”. A lo que invariablemente respondía, “esa persona eventualmente me comprará helado, o rezará por mí”.

Casualmente, esa misma semana, con un tono de nariz constipada Sandro me informó que quería vender los dos negocios, de que su corazón ya se encontraba en otro lugar. Me imaginé desempleado, buscando trabajo como loco, en calles y avenidas que imaginé inmensamente desamparadas y eso no me gustó. Sin pensarlo le dije, senta signore Sandro ¿y si me vendiera la lavandería? Yo puedo conseguir algo para darle un adelanto, y después le voy abonando hasta pagarle todo. El señor Sandro me vio desde el fondo de sus ojos café-verdoso con algo así como lástima y perplejidad a la vez. Sentí que iba a decirme alzando su consabido gesto de dedos pico de pájaro: “Pero ¿cómo se te ocurre mocososo?” En lugar de eso me dijo, “me gusta lo que oigo, ragazzo, y me impresionas por atrevido. Si consigues diez mil, y luego me pagas el resto en abonos mensuales en menos de cinco años, te la vendo”. Esa misma tarde pasé la voz a cuanta persona conocía, incluyendo al primo Arquímedes: busco un préstamo. Martina me conectó con varias compañeras del supermercado en donde trabaja de cajera, pero ninguna llegaba al monto que necesitaba.

Una semana más tarde, llegó un hombre joven a solicitar lavado de varios trajes muy elegantes. Para mi sorpresa me saludó diciéndome que era amigo del primo de Los Ángeles. El acento de español no me era familiar, pero hablaba con seguridad y enunciando claramente las palabras, no como mis cuates que se las atragantan. Además de la lavandería vengo a hablar con vos sobre lo del préstamo. Me quedé mudo por varios minutos. El primo, especulé, andaba seguramente

contando a todas sus amistades de que yo busco dinero para comprar el negocio de Sandro. Le dije al tipo que me alegraba y que platicáramos en el Sapore Mexicano. De inmediato llamé al primo para indagarme sobre la visita y para expresarle mi agradecimiento, todo tranquis, primazo, me respondió.

Esa tarde me reuní con Rony, como el desconocido se presentó. A mi viejo le gustaba mucho el equipo brasileño y me puso Ronaldo, aclaro con una expresión de satisfacción, como quien acaba de comer su plato favorito. Vamos al grano, continuó. Mirá, hay dos modos de hacer la cosa. Te doy el préstamo y vos me lo pagás en un año con todo e interés, o más bien simplemente pongo la plata y nos hacemos socios. Me agradó que Rony hablara sin tapujos, como mamá Justa hubiera dicho. (Noté el uso del vos y el tú juntos, cosa que para entonces ya sabía que en Colombia así se habla). Voy a pensarlo, le respondí con un movimiento de manos aparentando interés mesurado, aunque sentí que las palabras me salían temblorosas y me traicionaban. Luego después y haciéndome el importante le aseveré: Déjame hacer un par de consultas y te respondo. A los pocos días le compramos la lavandería a Sandro. Yo al frente del negocio y Rony encargado del pisto.

Mantuvimos la misma clientela y todo parecía normal hasta que un día Rony llegó con un grupo de cinco hombres colombianos, todos muy jóvenes. Lo vi directo a los ojos y haciendo un semicírculo con las manos levantadas del pecho hacia el frente, le pregunté: ¿Qué ondas? Fijate que necesitan dónde quedarse esta noche, me respondió y agregó, arreglémosles algo allí en el cuarto de las máquinas. Para mañana ya tengo a donde llevarlos. Son puros paisas. Al darse cuenta de que seguía sin entender lo que pasaba, Rony me prometió discutir el asunto una vez la gente estaba acomodada.

Vienen de Medellín. Nos pagan cincuenta dólares por cada persona por noche. Este es el grupo de prueba, empezó explicando. Si todo sale bien nos enviarán de dos a cuatro grupos al mes. Ese ingreso nos complementará lo que hace la lavandería, concluyó. Al insistir sobre quienes los enviaban, Rony me explicó que era gente que ayudaba a inmigrantes a salir del infierno de la guerra entre los narcos y el gobierno y los paras, gente que viene a luchar por una mejor vida, hombre, a lograr el gran sueño americano. A lo cual yo no puse ninguna objeción. Hicimos planes de ampliación del espacio y hasta el uso de nuestras propias viviendas y las de gente conocida. El plan, según Rony, era darle albergue de dos a cinco días a pequeños grupos de gente sin documentación migratoria que iban de paso hacia los estados de Nueva Inglaterra y, en algunos casos, hasta Ottawa y Toronto.

Creo que mi semblante debió parecerle el de alguien que comió mucho chile, porque muy calmadamente señaló: No te alebrestés, hombre. Fíjate, una vez salen de la lavandería no volvemos a ver a nadie. Echá pluma, por dos grupos de cinco cada uno nos quedan mínimo mil mangos solo por dos noches. Imaginate si doblamos capacidad... “¡Púchica, vos”, le respondí, “la hacemos!” “A este paso”, agregó Rony, “pagaríamos la deuda en un par de años, pues”. Este último punto fue lo que le puso sello al arreglo.

Por mucho tiempo ya no pregunté quién nos enviaba la gente. Ese año el negocio se mantuvo de viento en popa. Grupos de centroamericanos y sudamericanos entraban y salían con frecuencia casi predecible. Creo que como la lavandería estaba en la first estrit, la calle del comercio del pueblo, nadie veía raro el continuo trajinar de gente a todas horas. Contábamos entonces con que siempre había gente en las entradas a los negocios, en las esquinas, sentadas en las bancas que

poblaban las cinco cuadras de la vía, o jugando dominós y ajedrez en mesas regadas por el pequeño parque, que coincidentemente quedaba frente al Sapore Mexicano.

En esos días empezaron a venir muchachas en los grupos, y fue entonces que decidimos hacer pasar por empleados a varias de ellas. Nos inventamos un uniforme azul con franjas rojas semejando la bandera del estado de Niu Yersi. Todo este nuevo ambiente de trabajo me hacía pensar en Marcela, quien definitivamente se vería muy bien en tales uniformes, organizando el trabajo, manejando las finanzas, viviendo sus sueños conmigo.

A veces me topaba con Sandro en la pequeña cancha de bocce del parque, o lo veía caminando por el vecindario. Desde que nos vendió la lavandería había decidido jubilarse y vivir del seguro social y sus ahorros. Con frecuencia lo encontraba empujando los labios como si fueran trompa de chuchito, silbando volare y tarantelas de su querido Nápoles. Un día, entre mi pobre inglés mezclado con español le pregunté que de dónde acá tenía tan expresivo repertorio. Me explicó lacónicamente: Musica di mio nonno. Sono felice, ragazzo.

Rony y yo calculábamos que podríamos triplicar nuestra bonanza económica el año que se aproximaba, y así decidimos rentar un edificio de dos apartamentos que convertimos en casa de huéspedes. Hasta le dimos empleo a una muchacha que se encargó de su administración. La clientela continuó llegando como lo habíamos previsto. Nunca nadie, ni siquiera la policía, nos molestó. Promocionábamos el negocio como turismo internacional por medio de panfletos, tarjetas, memes, anuncios en la radio, y pasando la voz de boca en boca. En lugar de esconderse le pedíamos a nuestros huéspedes que fueran a las tiendas, a los restaurantes. Hasta compramos varias cámaras fotográficas que les colgábamos al cuello para que tomaran fotografías de todo los puntos interesantes. Estábamos escondidos en plena luz del día.

Rony me sorprendió una tarde lluviosa en que en el Sapore Mexicano comíamos lasaña y tacos al pastor, acompañados por Tecates con limón. Le compré el restaurante a Sandro, me largó, como si fuera algo de todos los días, y esta cena te la convido. Ya le puse ojo a otros negocios en venta, incluyendo un motel de esos de uso por hora, y una bodega especializada en alimentos del caribe. Sus aventuras comerciales elevaron mi admiración por él y pensé que Rony era un tipo con visión y capacidades que yo carecía. Pero también me preguntaba si me estaba haciendo trucos con el pisto, o había otras fuentes de enriquecimiento que no compartía conmigo. Como adivinando mis cavilaciones dijo algo que marcó el cambio de rumbo de mi vida: La verdad, vos, es que la mera mata de la plata está en el sur, pero se concreta aquí. Terminamos la cena en silencio.

Esa afirmación me quedó dando vueltas en la cabeza por mucho tiempo, hasta que decidí volver al sur y, en lugar de planes de negocio de lavado en seco, me fui con lista de contactos de jefes de coyotes.

IV

Con la venta de mi parte de la lavandería, más el dinero acumulado en una cuenta de ahorros en el Citibank y el de la venta de mis pocas pertenencias, tomé un vuelo de Pan Am, con boleto de solo ida. Llevaba un montón de cash que no declaré en aduana porque temía que me pusieran impuestos o, lo peor, que inventaran cualquier excusa para quitármelo. Lo escondí en cada recoveco de mis dos maletas y los bolsillos de la chaqueta y el pantalón. Todo el vuelo me lo pasé con los ojos puestos en las nubes colgadas bajo el avión, pensando en lo que haría en cuanto

llegara. Hojeaba las revistas del respaldo de la silla del frente y, varias veces, tomé cerveza con las comidas que con sonrisas balsámicas sirvieron las sobrecargo de sombrerito ovalado y pantalones lisos azul oscuro. Cuando el capitán de la nave anunció que comenzaría el descenso se me vino una alegría inmensa ante la inminente reunión con la gente que más quería, y volver a un universo de cosas memorizadas en el rincón más hondo de la memoria.

Hice cola para chequear migración y pensé que todo sería cosa rápida. Pero cada pasito hacia adelante en la cola, formada como se representan las ondas eléctricas, tomaba varios minutos. Finalmente, después de más de una hora llegué al frente de la cola. El policía de migración me hizo una señal con la mano para que me aproximara y, para mi sorpresa, me pidió llenar una boleta de identificación y de declaración de toda posesión que traía. Cuando creía que ya todo estaba en orden y que pronto abrazaría la familia y el aroma del atardecer que adivinaba afuera de la terminal angosta y sucia, un tipo con cara de quien sufre eternos cólicos me señaló con su índice en dirección a un cuarto pintado de verde y en donde apenas cabían las maletas.

Me interrogó en un tono aburrido sobre razones del viaje, domicilio, y el contenido de las maletas. Al responderle que todo lo que traía era mi ropa, me ordenó abrir una por una. En ese instante recordé que traía tres radios transistores Sony negros, delgados como tablas de cortar, de AM y FM que todavía no existían en el país. El policía me indicó que tenía que pagar impuestos por cada radio. Hice números mentalmente y la cantidad era casi como lo que me habían costado. Ante mi protesta me dijo que todo se podía resolver muy fácil, déjeme una contribución para las gaseosas de los muchachos y lo dejo pasar. Pensé que más valía darle dinero y salir rápido de esa trampa, antes que descubriera lo que llevaba escondido.

Aún así, todo aquello lo sentí como un asalto al descampado.

Al aproximarme a la sala de llegada me encontré con una oleada humana que ponía sus ojos voraces en mí, como si yo tuviera información de quien ansiosamente esperaban. El disgusto con que salí del cuartito verde me pesaba en los hombros y me persiguió hasta el momento de ver a Julián y Marcela en el andén. En aquel mar de caras los descubrí; primero a Julián y, luego junto a él, a Marcela, con labios más carnosos y ojos más encendidos que lo que recordaba. Corrí hacia ella, la levanté de la cintura y la sostuve muy pegada a mí a la altura de nuestros rostros hasta que mi hermano nos apuró porque muchá la familia nos espera en casa y un “púchica paguen cuarto, hom. Ya tendrán todo el tiempo que quieran”.

Habían llegado en una carcacha que se apagó cabal frene a la caseta de pago del estacionamiento. No te preocupés, que ya sé cuál es el problema, me aseguró Julián al ver la preocupación cruzándome la frente. A modo de explicación le respondí que llevaba chingo de dinero en efectivo y por eso no puedo arriesgar quedarme varado en medio de las calles con tanto crimen estos días, vos. Ahorita nos vamos, me respondió. Levantó el capote y lo oí maldecir un par de veces. Al volver me dijo ya estuvo ¿viste? Los clavos sosteniendo la batería se habían caído y era cosa de volverlos a su lugar. ¿Clavos? ¿Qué clase de carro es este?, me pregunté.

Llegamos a casa y en el instante que Julián maniobraba para estacionar el carro, una reventazón de petardos y cachinflines llenó mis oídos. El humo de la pólvora me trajo recuerdos de la primera borrachera durante la última fiesta de fin de año antes de mi partida a los yunaites. En esa fiesta, un pequeño grupo de amigos habíamos comprado una botella de vino que los bolitos empedernidos del barrio compraban todos los días. Pensamos que con un par de tragos se nos

quitaría el temor de ir a las fiestas del vecindario, sacar a bailar a las muchachas más bonitas, y marcar el paso de cumbias y merengues, sin machucarles los pies.

Al verme salir del carro, Justa me envolvió con su humor de humo de leña de cocina, Teo me observaba con ojos húmedos, los que en el instante que me ciñó en un abrazo que casi me asfixia, estallaron en lágrimas. Me dijo no me hagás caso, mijo; ya sabés que hasta cuando estoy contento lloro. Entre comida y bebida, esa noche conversamos sobre todo lo que no habíamos podido decirnos por casi cinco años. Los padres y hermanos de Marcela estaban rebosantes de contento al conocer al futuro miembro de su familia. Ella se quedó en casa esa noche, pero mamá Justa hablando lo suficientemente recio para que los padres de Marcela oyeran, insistió que vas a dormir en mi cuarto y no con vos, mijo, así nos evitamos las malas lenguas y el castigo de Dios porque ustedes no están casados, tuavía.

El entusiasmo con que arribé se mantuvo en mi cuerpo por varios días. Quería empezar la nueva vida inmediatamente. Creo que en el fondo deseaba demostrarme a mí mismo y a la familia que ya había crecido y era dueño de mi propia vida. El día después de la llegada, primero fui a contactar la gente que Rony me había referido, luego leí cuanto anuncio sobre casas en venta había en los periódicos. Necesitaba salir de la estrechez del cuarto que Julián compartía conmigo. Después, ya entrada la tarde, encontré suficiente valor para hablar con los padres de Marcela sobre la boda. Estaba muy nervioso, aun cuando pensaba que eso de pedir la mano se había resuelto por los años que teníamos de un noviazgo a larga distancia.

Marcela me dijo para tranquilizarme: “Mirá, a estas altura lo que queremos es su bendición, no su permiso”.

V

En la primer reunión con Cris, el coyote-jefe, empezamos con los precios por persona dependiendo del sexo y la edad. Su oficina “Galaxy Imports and Exports” funcionaba como compañía de importación y exportación, tan legítima como el Banco Mundial. De grandes ventanales, baño propio, sala Ikea, estaba ubicada en uno de los nuevos edificios de más de tres niveles, en la Gran Avenida, en la ciudad capital de la república.

De inmediato supe que Cris era mexicano por el cantado del habla y su caló. Creo que como acción reflejo yo siempre tendía a subrayar mi propio acento y, de algún modo, adoptar su vocabulario, incluyendo el uso del pronombre personal “tu”.

Esta vez, Cris empezó: Mira, mano, nuestro servicio es de primera. De lujo, de lux, como dicen. Los chavos en buenas condiciones pagan menos que los adultos, aunque si son chamacas pagan un poco más porque ellas siempre atraen la atención y eso nos puede chingar los planes. Si los jefes van en el viaje el precio es menos a que si van solos. Acuérdate de que, si un chavo viaja solo, nunca aceptarlo si tiene menos de diez años. Se cobra extra por el cuidado que hay que brindarles. Los adultos mayores, si ya están entraditos en años pues pagan más porque son personas que también aumentan los riesgos, ¿ves? No son pilas, atrasan las marchas y hasta se enferman, mano. ¿Me agarras la onda?

Como dice el dicho “si hay pisto, estoy listo”. Todo se cobra al contado y en adelantado. Se cubre desde la salida hasta la entrega. Además de lana, a veces pagan con títulos de propiedad, o con otras cosas de valor como carros y joyas finas. El costo de toda la chingadera incluye desde entrenarlos en el español que hablamos, o sea el caló mexicano, hasta la entonación de las

palabras, o sea el cantadito que tu llamas, cabrón. Además, tienen que aprenderse el himno nacional, algo de la historia, la comida y lo suficiente de la ciudad que les asignamos como el lugar de origen. Les fabricamos papeles del país. Con todo eso los hacemos mexicanos. No hay pedo si los guaruras le caen a alguien, carnal.

Pero recuerda de una cosa: la gente que va en busca del sueño americano ya tiene a alguien esperándolo allá, y es este contacto el que paga los gastos del otro lado. De este lado, si no alcanza lo que nos dieron, siempre tenemos una garantía extra que nos la dan un mes antes de la fecha de salida. Como último recurso para el transporte tenemos el sistema de ferrocarriles, en los que podemos meter a la mara, con instrucciones claras en dónde bajarse y cómo contactarnos.

Otro rollo es el paso de un país a otro y el tránsito. De aquí al paso a México es fácil si tienen visa, pero si no, tenemos que pasarlos por el río. Dependiendo la temporada lo hacemos a pie, pero si está crecido hay que rentar canoas o lanchas de motor. Eso ya sube los gastos. Una vez en México te vas derecho por todo el pacífico hasta el norte. Para la entrada por Baja vamos de Chiapas, a Oaxaca; a veces pasamos por Tepic en Nayarit, luego a Hermosillo en Sonora, de aquí nos tiramos a Tijuana en donde los cruces de la línea están a paso de perico.

Una vez llegamos a la línea nuestro trabajo termina. De allí en adelante ya nosotros no tenemos ni verga que ver. Le pasamos la gente al pollero que los va a pasar al otro lado. Este chango conduce al grupo de la frontera hasta alojarlo en casas de seguridad. Ya tranquila, la gente descansa, se asean y contactan a sus parientes para que paguen los gastos inesperados del paso. A veces llevamos gente que va con jale; a éstos el pollero de una vez se los lleva al rancho donde van a chambear. La migra no se mete con estos polleros. Allí hay arreglos con los rancheros, en donde nosotros no tocamos tierra, carnal.

Al final de la reunión Cris y yo establecimos horario de los primeros dos grupos que llevaría hasta la línea. Cris me dio toda la información de jefes de policía y funcionarios de gobierno que sin su asentimiento no podríamos seguir adelante. Cada uno tenía un precio. Me asignó también varios puntos para dejar a la gente en Baja. “Ya cuando estés aclimatadito”, me dijo, “te puedes lanzar a pasar a trabajar por el lado de Sonora y Chihuahua”. Le respondí que me parece buena idea empezar en Baja, que es lo que medio conozco. Nuay pedo, carnal, vamos diapoquito, fue su respuesta y así, como si nada, estábamos apalabrados.

Cuando ya estaba por salir de su oficina me sorprendió con una entusiasta invitación: Vente este sábado a mi casa, vamos a tener un reventón. Allí estaré hombre, por supuesto, le confirmé con gran jovialidad.

VI

La madre movió la cabeza afirmativamente, y el padre, entusiasmado, exclamó: “Echémonos un roncito para celebrar” afirmando así su autoridad sobre lo que estaba sucediendo. Me quedé hasta tarde en la noche hablando sobre planes de futuro. Les aseveré que pondría negocio y aseguraría el bienestar de la hija.

En una semana ya estábamos contratando una casa que Marcela había localizado. Era una de esas en donde el color exterior y el número son la única distinción. El concepto de construir toda una urbanización de concreto, con casas en pares, amarradas una a otra con una pared común, hizo propietarios a muchos y así dio acceso al universo del consumo. Según el anuncio, ese modelo de vivienda tenía la reputación de haber sido altamente exitoso durante el más reciente terremoto

que destruyó casi trescientas mil viviendas y dejó en la calle a casi un millón y medio de personas. Ninguna de estas casas, decían, había colapsado. Sufrieron apenas unas rajaduras. Pero hablando a calzón quitado, como diría mamá Justa, admito que lo que me convenció fue este detalle: era el primer condominio cerrado para el tráfico de autos y personas que no vivieran allí mismo.

Perfecto para el negocio que estaba armando.

Nos casamos tres meses después. Sin embargo, a ojos de la familia, Marcela y yo nunca compartimos cama hasta la noche de la boda. Durante todo el tiempo antes del evento tuvimos que escapar clandestinamente a los moteles. Descubrimos dos que se hicieron nuestros favoritos. El primero se anunciaba a la entrada con tres estatuas de monos araña de un metro de altura cada uno: uno cubriéndose los ojos, otro la boca y el tercero los oídos. Se llamaba Motel Los Sabios.

El segundo se anunciaba con un dibujo teatral de una piedra en forma de mesa larga con un hombre frente a ella, vestido con taparrabo, corona de largas plumas, aretes enormes colgando del lóbulo de las orejas, con la cabeza erguida en eterna expresión condenatoria y de brazos extendidos hacia una nube blanca con hilos de luz colándose por los lados. Se llamaba Motel El Sacrificio. En ambos moteles, cada cuarto estaba diseñado diferente. Lo primero que veíamos al entrar era una placa con el nombre del dormitorio.

En los Tres Sabios la placa de uno de nuestros favoritos decía “La Jungla”. El tema aquí era la selva, que Marcela y yo interpretamos como metáfora de secreto y aventura. La cama semejaba una hamaca atada al tronco de dos árboles, y rodeada de lianas, helechos, flores silvestres. Todo plástico. El ambiente se llenaba del chirriar de grillos y unas lucecitas que se apagaban y se encendían, imitando luciérnagas. Jugábamos a Tarzán y Jane.

En El Sacrificio había uno titulado “Virgen Perdida”. Alguien lo diseñó pensando que así debió ser el altar de los sacrificios en el Imperio Azteca. La cama parecía una mesa, en efecto, y en lugar de cabeceras tenía, en un lado, un lavabo adornado con una cruz con un cristo en alto relieve, un cáliz y toallas blancas; en el otro lado tenía una mesa con un hacha en forma de Tomahawk, rosas rojas y un rosario. Aparte del humor, esos cuartos nos daban la tranquilidad de nuestra intimidad y nos invitaban a darle rienda suelta a la imaginación.

Manejaba entonces el Pichirilo, un Corolla en muy malas condiciones. Marcela se escondía agachándose en el sillón del pasajero casi a nivel del piso, y emergía hasta que yo había pagado y estacionado dentro del garaje del dormitorio. Más de alguna vez alguien me vio hablando solo en el auto ya en las cercanías del motel, me señaló con el índice lamándome loco. No me importó, la identidad de Marcela estaba protegida del qué decir. Estas primeras experiencias de amor furtivo fueron, por supuesto, una escuela que devino muy útil cuando, más tarde, volví a estas prácticas con alguna frecuencia con varias generosas inmigrantes. En estas ocasiones el placer siempre me sabía extraño, medio culpable, salobre. Pero así es la vida y ¿qué se le va a hacer?

VII

Muy pronto comencé a recibir gente, organizarla en pequeños contingentes, desarrollar la base de conocimiento con cada emigrante (español mexicano, dinero, himno nacional, geografía política, alimentación, vestuario, forma de conducirse en la calle, los hoteles, y hospedajes privados, hábitos de la policía) establecer formas seguras de pago, y asegurar la red **in-dis-pensa-ble** de coyotes y polleros. El Charro, como Cris prefería ser llamado, hizo las llamadas

telefónicas necesarias a los contactos en la policía, la aduana y migración, para que me trataran igual que a él.

Decidí acompañar a los primeros tres grupos para memorizar las rutas, los jefes de policía y de aduana a quienes debíamos pagar, el modo de trabajar con la policía mexicana, los trucos para cruzar la línea del Norte, el trabajo del coyote y el pollero, y las casas de seguridad. Así supe que los polleros que transportan migrantes a trabajar en los ranchos, especialmente de cítricos, uvas, fresas, y vegetales de hoja grande como la lechuga y acelga, andaban como Pedro por su casa. Estos empleadores exigían cuotas rígidas de trabajadores según sexo, edad, condición física. En mis tratos con estos polleros mi trabajo consistía, una vez me daban el pedido, primero en encontrar a la gente por medio de anuncios. Pasaba la voz por medio de mis coyotes. Ofrecía, primero, trabajo seguro y buena paga. Segundo, al tener ya un grupo de solicitantes los iba seleccionando hasta llenar el cupo. De allí, era cosa de organizar la forma en que me pagarían, el horario de salida, la ruta y asegurar los mejores coyotes. Agarré la onda muy luego y a partir de allí, las cosas se movieron fácilmente. La gente me agradecía el trabajo, y me sentía satisfecho de prestar ese servicio, aun a costa de muchos sacrificios personales. Lo reconozco, el dinero abundaba.

Muy rápido aprendí a llevar suficientes pesos en denominaciones bajas. Ya sabía que los famélicos policías en Centro América se contentaban con algunas monedas, pero los mexicanos eran expertos en la mordida y pedían mucho más. Pero me puse a estudiarlos hasta descubrir sus debilidades. Así fue como me di cuenta de que el sexo y el alcohol, en ese orden, eran su lado flaco. Creo que el grado de influencia de la Virgen de Guadalupe, entre tantos otros santos y santas, ha inducido un sentido pecaminoso, sucio, prohibido, en la sexualidad masculina. Entonces me dije ¿y qué tal si les traigo algo que les despierte el animal?

Descarté contratar mujeres. En su lugar empecé a llevar en la cajuela de atrás de la Chevrolet Suburban, varias Playboy y la Hustler, que apenas había comenzado a publicarse en español. Casi sin falla, en tono solemne declaraban algo así como señor usted no puede transportar material que va contra la moral pública. Se las vamos a tener que decomisar. Podía verles la saliva espumeándoles en las comisuras de la boca y era cabal en ese momento que les ofrecía la mordida que, en mis cálculos, era la mitad de lo que hubiera sido sin esa distracción. Pero la mordida bajaba aún más si, a la vez, encontraban alcohol. En este caso hablaban de potencial contrabando, señor. Se lo quedaban y llamaban a su acción “una incautación”.

Esa movida distractora la aprendí a principios de ese mismo año, cuando iba manejando en la ciudad de México, cerca de Polanco. Un policía me siguió en su motocicleta haciéndome señas de que me detuviera. Me orillé. Me exigió la licencia de conducir. Al verla me pidió pasaporte. Me dijo que yo no podía manejar con licencia extranjera, pior aun, señor, lleva coche con placas extranjeras. Traté de razonar con él. Ni el consulado mexicano, ni la cancillería de mi país me explicaron de que necesitaba tener tanto licencia como placas mexicanas, señor oficial. No pues así no va la cosa, respondió aparentando irritación. Con la expresión del vendedor que sabe que una palabra más y persuade al comprador sobre las virtudes de los seguros de vida, el tipo me repitió su argumento y concluyó con que nomás le voy a tener que llevar a la delegación más cercana. Y lo que le va a pasar es que además de quitarle sus documentos, vamos a poner cepo al coche. Eso va a estar de madres, porque si suma la multa, el pago del estacionamiento, y de que son tres días de trámite, pos así nomás se queda sin feria y tomando taxis.

Dada la magnitud de la amenaza y mi apuro por llegar al Sanborns sobre la calle Hegel, donde tenía contacto con el coyote que trabajaba la ruta de Ciudad México a Baja, le pregunté al agente de seguridad si había otra manera de resolver el asunto, y que perdonara mi ignorancia. El oficial me respondió ya usando el familiar “tu”, ándale pues, claro, no faltaba más. Nuiba hacértela cabrona en la delegación. Solo pásame unos pesitos pa’ los refrescos. En ese instante recordé que no tenía más que un billete de cien dólares. Al explicarle el problema me dijo, nuay problema, nomás sígueme sobre esta avenida. A tres cuadras hay un banco. Allí te lo cambian a pesos. Al salir me vas a ver en la puerta de la entrada principal. Entonces me saludas como si fuéramos viejos cuates, como carnales diaveras, ¿Entiendes? Llevas el equivalente de cincuenta dólares en la palma, y al darme la mano ya nomás me pasas la feria. Órale pues. Desde esa experiencia decidí que en México no debía manejar carros con placas extranjeras y más bien rentar y así pasar desapercibido con placas locales, y siempre llevar billetes de baja denominación en la cartera.

Más tarde ese año, me llevé a un amigo del grupo de fútbol Club Shumos en el primer viaje. Quería que aprendiera de Felipe, el coyote a cargo de todo, y que me sirviera también de protección. Agregué a otros del grupo de fut en los dos viajes subsiguientes, de manera que al final ya contaba con un equipo medianamente experimentado de coyotes de mi propia red, leales y dedicados. Con ellos sentía confianza, que en este negocio muy luego entendí valía más que el oro. Encontré un buen estacionamiento en Orizaba en donde dejaba la Suburban. De allí manejaba una rentada y así me cruzaba todo el territorio sin que los zancudos federales me chuparan dinero y no interrumpieran mis servicios a tanta gente necesitada y agradecida.

VIII

Lo peor que le puede pasar a un coyote es perder a un emigrante. El grupo se queda sin aliento para seguir, como el ciclista que no se preparó y se funde a mitad de la carrera y su función tiene que dividirse entre el resto del equipo, bajando así la efectividad colectiva. Esto me ocurrió durante el tercer viaje. Tenía que pasar al otro lado de la línea. En Tijuana arreglaríamos los contactos del coyote local de lo cual Rony estaba encargado. Él y yo nos coordinaríamos en el Gran del Río, un hotel de cinco estrella en esa ciudad sin gracias ni adornos. Rony y el coyote local conocían muy bien el desagüe invernal por donde cruzaríamos. En territorio gringo caminaríamos unos cinco kilómetros hasta una carretera terciaria donde un ómnibus nos transportaría a San Diego. Alojarnos a la gente en un motel en San Diego y desde allí los polleros contactarían a su propia gente para que nos pagaran. Todo mi grupo era veinte individuos de Centroamérica. Pero la otra red que Rony coordinaba tenía treinta y la mayoría de Sudamérica. El plan consistía en pasar grupos de veinticinco en dos noches por el mismo punto ciego, de modo que me asignaron cinco de este grupo: un peruano, dos ecuatorianos y dos colombianas.

Asignamos un galón de agua por persona, una linterna para emergencia nada más, barras de chocolate con nueces, latas de sardina y un paquete de Bimbo a cada grupito de tres. Un coyote iba al frente de guía y otro hasta atrás de seguridad – para que nadie se rezagara. Rony y yo teníamos permisos de paso al Norte falsos y cruzamos fácil por el puente peatonal, como hombres de negocio que van y vienen. Nosotros tendríamos preparados los cuartos en varios hostales de San Diego. Después de la larga espera, el coyote de mi grupo llegó con una gente menos. El peruano se paralizó cuando la migra sonó la alarma cabal cuando bajábamos el último cerrito, reportó. Todos corrimos como venados que llevan al pinche león en la cola, hasta bajar a

la carretera donde ya las combis nos esperaban, mano. El coyote de atrás todavía se detuvo un rato esperando al pata, como el muchacho nos dijo llamaban a los amigos. Lo llamé pa' que corriera y ni madres. El vato estaba como encandilado por los reflectores.

Mientras Rony resolvía las llamadas de quienes todavía no nos pagaban, me fui al paso de frontera. Volví a Tijuana con la esperanza de encontrar al pata en el hotel o el bar donde quedamos como puntos de contacto en caso de emergencia. Lo busqué todo el día y no apareció. Temprano en la noche me volví al paso fronterizo, y decidí hablar con la migra gringa. Les di el nombre y señales del peruano. Me dijeron que no estaba detenido y que no aparecía en la lista de deportados. Les eché el rollo de que el tipo era empleado de confianza de la compañía donde yo trabajaba de supervisor de ingeniería eléctrica en San Diego.

Al día siguiente volví a Tijuana otra vez y al final del día me convencí de que lo habían detenido. Simplemente me lo habían negado, concluí. Esta vez regresé dispuesto a encarar a la migra. Ya en ese momento la policía sospechaba que yo estaba metido en algo ilegal ya que había estado cruzando el puente de modo inusual y los había encarado. Pero, mi salvación fue la repetición de la historia que ya les había echado. Descubrí que el centro de detención quedaba al lado de las oficinas de migración. Me permitieron ir a preguntar por el peruano, cuyo nombre me reservo. También lo negaron. En ese momento mi preocupación se elevó a la estratósfera. Caminando hacia el carro rentado decidí dirigirme a la policía de San Diego y hacer la denuncia de persona desaparecida. Estaba por meterme al carro cuando una mujer, que calculo estaba en sus cuarentas, me dijo señor lo que hice para encontrar a mi marido fue venir a este centro con comida, ropa, cepillo y pasta de dientes y pedir a los guardias que le entregaran esas cosas haciéndoles creer que yo sabía él estaba allí detenido. Como lo hicieron conmigo, automáticamente le dirán si de a de veras lo tienen detenido o no.

Volví esa misma tarde con utensilios de higiene personal y una mudada de ropa. Al darle el nombre del peruano a los guardias, vieron en una lista que tenían en una pantalla de una desktop y a los minutos me dice el guardia, hoy mismo le damos sus cosas. Inmediatamente puse una fianza para que lo soltaran bajo mi custodia y la promesa que lo conduciría a Tijuana, como auto-deportado. De no hacerlo perdería el montón de dinero de la fianza.

Ya en Tijuana volvimos a intentar meter al peruano de vuelta a California. Esta vez pasé buena parte del día instruyéndolo sobre cómo reaccionar si la migra lo sorprendía, de que no se fijara en el chorro de luz de las linternas, que siguiera la dirección indicada por el coyote.

Esa noche me confesó sus miedos y cómo sus inseguridades se originaban de la disciplina y la vida espartana que su padre - un coronel de la armada peruana con alto puesto en el actual gobierno - le había impuesto a su familia y de cómo el hombre se ensañaba con él desde que supo que no seguiría su legado castrense. En cuanto volví a San Diego le pasé la información a Rony. Hay que cobrarle el triple, más la fianza, le recomendé; su familia tiene lana. El segundo intento, por cierto, fue todo un éxito. Tuvimos al peruano en el hospedaje durante tres tediosos días, hasta que su padre envió vía expreso todo el pisto por Western Union. Desde esta experiencia agregamos un nuevo punto en la preparación de emigrantes: qué hacer si la migra te cae.

El pisto fluía y, ciertamente, me costó aprender su manejo. Gracias a mamá Justa contaba con una colección de dichos y directes que de algún modo me sirvieron, como “con el pisto no se pelea,” otro “pisto atrae más pisto.” Pero quizás el mejor era “uno lo que no tiene es pisto, mijo.

Pobres, nunca”, que me servía como un motorcito que me levantaba el orgullo. Aparte de aritmética esas ideas me han ayudado a navegar complejos casos financieros y de negociación que he tenido. Pero también, modestia aparte, he sido muy ducho en los negocios, cosa que creo empezó cuando lustraba zapatos en el puerto.

En tres años habíamos transportado nueve grupos a los yunaites, lo que me dio suficiente para comprarme una finca con una partida de cebú para carne y otra más de Holstein para leche y queso, requesón, suero. Tenía un alazán ibérico que, aunque ordinario, era hermoso. Me llevaba por toda la finca. El Charro vino a mi casa un fin de semana a una barbacoa, chelas y todo. Siempre andaba con dos tipos de guardaespaldas, quienes recién empezaron también a dar seguridad a algunos grupos de migrantes en el camino hasta la frontera. Fue en esa visita que me dijo que los ibéricos no, mano, mejor los árabes porque son los caballos preferidos por quienes quieren crianza. Mantienen su forma y se la pasan montados en las yeguas todo el tiempo. Además, fíjate que por ahí me contaron que es una buena manera de parquear lana, porque se venden fácil cuando se necesita.

Ese comentario me llevó a la compra de mis primeras dos mancuernas de sementales pura raza. Como no sabía nada sobre el asunto, el Charro me acompañó a la subasta para que no me babosearan. Desde entonces sabía que debía estar muy abusado sobre la clase autóctona del caballo, o sea el “landrace” como decían los gringos en el negocio, los certificados del pedigrí, y los críos que había engendrado al momento de la compra. Pero, debo aceptar aquí que mi interés por los caballos árabes era solo el pisto debido a que, por un lado, no tenía el tiempo ni el deseo de vivir en la finca, y por otro, tenía que atender los nuevos negocios en que me había extendido. Encima de eso, yo no tenía la pasión con que hablaban el Charro y los comerciantes del mundo equino. Contraté un par de muchachos que sabían de caballos, de inseminación, dieta, amaestramiento y cuidados. Les pagaba lo mínimo, pero vivían felices en la finca.

Compré cinco casas a buen descuento de algunas de las familias de migrantes que habíamos transportado al sueño americano. Las puse en alquiler mientras subían de valor para su reventa. Con el Charro nos asociamos para adquirir un hotel de cinco pisos, con la mira de usarlo como punto de alojamiento a una clientela nueva que ya a principios de los 1990s estaba compuesta de colombianos, chinos, y cubanos. La clientela de El Salvador y Honduras la pasábamos directo hasta Tecún Umán y un par de otros pueblos en la frontera que no puedo mencionar. Era negocio redondo. En otras palabras, estaba encaminado en la diversificación de la plata.

VIII

Mis dos hijas atendían una escuela privada que yo a esa edad ni siquiera a la puerta hubiera llegado. En más de una ocasión tuvimos que ponerle queja a la directora porque con alguna frecuencia, por lo menos una de las nenas venía llorando a casa, quejándose de que las otras niñas las echaban de sus juegos. Primero pensé que se debía a que era por morenitas en una escuela de canches, ya que si se trataba de pisto no había clavo. Para entonces, Marcela todas las mañanas manejaba el Bimer (el apodo del compacto BMW), se vestía bien y se esmeraba en llevar a las niñas arregladitas. De hecho, como familia nunca vivimos en Los Shumos. Siempre fue la casa ticky-tacky, como le llamaba el gringo que me vendió los primeros caballos árabes. Ese apodo me gustaba porque tenía un sonido algo así como de la jailaif: mi hogar queda en una vivienda ticky-tacky. Chilero.

Una tarde en que la mayorcita llegó llorando inconsolable, nos dijo algo que me sacudió. Una compañerita de aula parece que, al rechazarla del juego, entre una ensarta de epítetos coló: “tráfico”. La Marcela y yo estábamos furiosos. Pusimos queja con la directora sin alterarnos ni nada. Como resultado empezamos a dudar si el lugar convenía para las niñas. Al final del año lectivo las sacamos. Ya teníamos planes de comprarnos nueva casa en un barrio tranquilo y buscamos un colegio cerca de allí. Fue en esas fechas cuando también me metí a diversificar más agresivamente el pisto.

Con el Charro hicimos planes sobre nuevos negocios más allá del ganado, caballos y bienes raíces. De allí salieron dos pizzerías, una venta de carros de lujo que ocupaba el piso de la calle de un nuevo edificio de doce niveles. Éramos condueños del tal edificio con gente de apellidos que te abrían cualquier puerta al mencionarlos. No sé cómo fue, pero terminamos metidos en dos aventuras muy diferentes a las que hasta entonces habíamos tenido: construcción y aceite de palma africana. Debido a mi falta de entendimiento del teje y maneje de este tipo de negocio, me explicaron que si compraba acciones devendría en socio con derecho a voto. Para ser más exacto, me dijeron: socio capitalista, lo que me sonaba como título importante. Era una empresa de responsabilidad limitada, lo que significa que pertenecía a un grupo exclusivo de veinte individuos cuyo riesgo se reducía a la inversión en ese negocio.

El Charro necesitaba vender la mota (un híbrido Kush de alta potencia) que producía en su finca. Así abrimos una tienda de tabaco con toda la parafernalia para fumar, incluyendo filtros, papel de enrollar, y bombillas de agua -- llamadas Jucas -- para la pequeña comunidad árabe y turca de las dos ciudades más grande en el territorio nacional, pero también para el uso de los moteros interesados en evitar poner humo en los pulmones y tener un jai de alta calidad. La verdad sea dicha, era cosa de hacer un pequeño ajuste y las Jucas podían servir para mota. Con el tiempo ofrecimos bongs también. De uno de los viajes a Los Ángeles, California, traje la idea del Café y los bongs. Para darle más cobertura al uso de las Jucas y los bongs inauguramos el café en un local adyacente, ambos de nuestra propiedad. Contábamos con una clientela atraída por los americanos y capuchinos y una oferta de especialidades preparados por mamá Justa - bocado de reina, relámpagos, rellenitos, plátanos en mole, churros y champurradas, éstos dos últimos bautizados “las dos Che”.

Cuando planificábamos este negocio me recordé del día en que lo conocí. El Charro me había invitado a un reventón, como él llamaba a una fiesta. Llegué por cierto con dos cuates del barrio, quienes después se hicieron coyotes profesionales en mi equipo. Era un purrún de solo muchachos. Ni una mujer. Al entrar noté que todos estaban de pie, moviendo la cabeza de atrás para adelante al ritmo frenético de la música. Bailaban consigo mismos, tal como ya lo había observado en Niu Yersi. No había aquello de las parejas, apretaditas, diciéndose cosas a voz baja. Ahora era pura onda de cada uno, a solas, lo que me gustaba porque removía toda posibilidad de error de los pasos.

Así de repente, un muchacho que se arqueaba cerca de mí me dijo en un tono de voz más bajo que el lógico para su edad: dale un jalón al puro y lo pasás, manito. Para la cuarta vez que el puro llegó a mis manos, ya hablaba en el mismo tono bajo y con mi cerebro absorbido por los bongós y el bajo eléctrico que me llegaban de la enorme consola en una esquina de la sala. Estaba maravillado de poder aislar a mi gusto y por completo todos los demás instrumentos. Al darme el puro vi al muchacho detenidamente y, según los dibujos de textos escolares, pensé “este patojo acaba de salirse de un monolito”. Era hermoso. Le pregunté que si pertenecía a alguna cofradía.

“¿¡Qué!” fue su reacción sin trazas de enojo. No tuve más que seguir en mi total concentración de los ritmos y pasar el puro a la próxima persona.

Decidí que todo aquello era una ceremonia secreta y sagrada en una de las cuevas aledañas a la iglesia de Santo Tomás Chichi. Esperaba que pasaran el gallo degollado para así ayudar a regar su sangre por todo el piso. Mientras tanto, decidí caminar en círculos viendo a cada persona directamente a los ojos y confirmé que, en efecto, todo aquello era un acto sagrado de hombres jóvenes, amables y guapísimos, dedicados a un rito para quién sabe qué dios ancestral.

De pronto me entró un deseo incontrolable por salir a la calle e irme caminando sin rumbo definido. Sentí que mis pies apenas tocaban el suelo y avanzaba por aquella ancha calle a una insólita velocidad y sin esfuerzo. Al preguntarme dónde estaba y no tener respuesta, mi estómago empezó a rugir y en un instante una enorme ola me recorrió hasta el esófago y reventó en arcadas que tardaron un tiempo infinito. Me quedé sentado sin poder moverme, exhausto y extraviado. Cuando logré recuperar un nivel mínimo de dirección llegué a la esquina donde pasaban los buses y fue cuando me pregunté qué había sido de mis dos amigos, si ellos también habían vivido el mismo estado de absoluta confusión, y participado en el sacrificio del gallo.

Un miedo me atiborró el cuerpo entero y al tratar de bajarme del bus el chofer más bien aceleró y me dijo con total certeza “es mejor que se siente, joven. No voy a parar”.

IX

Concluí que la gente estirada de la escuela donde estuvieron las niñas tenía mucho más apego a la ilusión de riqueza heredada, disminuida de generación en generación, que apego a la idea de hacerla en la vida real. En términos contantes y sonantes no me llegaban ni al tobillo. No es que yo quería que me aceptaran en los círculos de esas familias, ni que esté resentido, sino que me caía a los huevos sentir el desprecio con que trataban a mis patojas. Marcela me lo explicó todo de esta manera: Mirá, para esta gente el pisto no es lo más importante. Lo que vale más es la forma en que caminás, el modo en que te conducís entre la gente, los modales para comer, cómo movés las manos y el cuerpo cuando hablás, y hasta el tono en que te dirigís a los demás, la ropa y calzado que llevás puesto. Y, muy importante, los apellidos. Es parte del llamado abolengo. Pero, vos, Los Shumos lo llevamos indeleblemente marcado en la frente y aunque tengamos cagadales de ficha, no les llegamos. Vamos a tener que aprender todas esas cosas de la estirpe más con el roce que con el lujo.

Fue entonces que también decidimos sacar del Barrio Los Shumos a mi hermano Julián, y mis viejos Justa y Teo. Les dimos la casa ticky-tacky y nosotros nos cambiamos a un barrio nuevo y exclusivo en la ciudad, que apenas empezaba a poblarse. Un lugar diseñado como si fuera la toscana italiana, con fuentes echando agua todo el tiempo, plazas y paseos con un sentido arquitectónico unificado que no es colonial, sino lo que el equipo de arquitectos de gran fama definía como nuevo urbanismo. Mmm, gusto antiguo para pisto nuevo, me dije en ese momento.

“Híjole, siento que estoy de regreso en uno de los pueblos blancos de Andalucía, o en Florencia y sus girasoles” fue el comentario del Charro cuando vino conmigo el día que nos mudamos. Estábamos maravillados, especialmente las niñas que ahora podrían jugar en el jardín trasero de la casa, o en una de las cuatro plazas desplegadas en el complejo habitacional, corretear en las aceras floreadas del boulevard, o brincar y jugar tenta en el inmenso atrio de la Iglesia San Pancracio, el santo de la buena suerte.

Queríamos que las patojas crecieran como ni Marcela, ni mucho menos yo, pudimos. Nos propusimos darles buena educación. Les contratamos tutores de matemáticas y ciencias, venía un tipo a enseñarles piano, una gringa del colegio americano les daba inglés. Aunque nos cobraran más, hicimos que todos vinieran a la casa. Creíamos que tutores entrando y saliendo nos daba caché de gente importante. También así conocían dónde vivíamos y podrían después contarle entre el profesorado de las escuelas privadas.

Marcela, chinga que chinga, me hizo comprarle una gran tele, porque dispuso que aprendería la vida de los ricos viendo telenovelas mexicanas y colombianas donde éstos canches se comportaban como dueños de vidas y milagros; miraba licas francesas de los ricos más rancios tomando vino. Pero todas esas licas creo que la hicieron un poco quisquillosa. La copa se agarra del tallo, hombre. Así lo hacen en el cine, me corregía y remataba despacito, pues, no es guaro lo que estás tomando, hombre. Telenovelas brasileñas donde los blancos son dueños de pueblos esclavizados, que me reventaban porque, pensaba yo, cuántos sueños mueren de ese modo. La cosa es que la mujer terminó amueblando, adornando, y retocando nuestra casa según las casas de personajes de telenovelas.

Las niñas completaron su educación primaria en el nuevo colegio. Decidimos que debían asistir a un colegio parecido para su educación secundaria. Queríamos un ambiente en donde la gente no necesitaba demostrar que tenían pisto, heredado o recién hecho. Nos urgía una experiencia como estas porque nosotros ya teníamos logros importantes en el bolsillo. A su tiempo cada una empezó a asistir a la secundaria más próximo al complejo habitacional, donde todo era en español y alemán. Me costaba un ojo de la cara. En este colegio por lo menos todas las familias no necesitaban demostrar su riqueza, porque era evidente, la enseñaban así abiertamente: carros carísimos, mansiones. Varios chicos eran transportados en helicóptero. Se les veía hasta en el modo en que decían buenos días y actuaban como dueños naturales, sin pedantería o extravagancia. El chisme que circulaba decía que era gente rica nueva, no la rica de abolengo, dinero viejo que se desvanecía rápidamente. El día que una compañera de aula invitó a mi hija menor a una tardeada de equitación en la quinta de su familia (a la que por cierto viajaban en avioneta propia) es un buen ejemplo. Mi chiquita fue la primera en volar en un pájaro de esos entre nosotros.

Decidimos meternos a la asociación de padres de familia, pensando que así alivianaríamos el estrés creado por el cambio. La idea era hacernos algo así como parte de la vida del colegio. Hasta ofrecimos el Chalet del Río, como un premio para la subasta de fin de año. Quien ganara tenía una semana en nuestra casa de descanso localizada cabal frente a la desembocadura del río Nimaj en la Laguna Las Pitás. La laguna tenía un atractivo turístico enorme porque estaba rodeada por varias aldeas de uno de los pueblos más caribeños del país y cuya tradición culinaria, musical y danza era legendaria. Ya para el segundo año nuestra hija era invitada a cumpleaños y jaripeos que algunas familias finqueras organizaban en las fiestas patronales de los pueblos donde quedaban sus extensas propiedades.

Ya a fines de los 1990s el negocio de llevar gente al sueño americano era fuente secundaria de pisto para mí y para el Charro, pero no teníamos interés en abandonarlo, ya que nos seguía dando buen ingreso. Fue para entonces que nos visitaron unos individuos pidiendo colada. Primero hablaron con el Charro porque aquel tenía contacto con ellos a través de la mota y, ahora que lo pienso, segurito estaba involucrado en sus negocios también. Solo así me explico el origen de

tanta plata extra con que siempre contaba el hombre, lo cual, por supuesto, me había estado beneficiando de algún modo.

X

Eran tres. Uno de ellos, a quien voy a llamar Timoteo Baldizón (no puedo usar nombres reales porque podrían tener problemas con el sistema judicial), trajo a mi mente las “papi” de Niu Yersi porque hablaba con el mismo sabor cadencioso de los paisas colombianos. Él llevaba la voz cantante entre ellos. Yo, creo que el Charro también, todo oídos, por supuesto. Empezó por explicar que había que ayudar con el paso de la cremita de punta a punta y que nos pagaban por kilos. Esta medida de peso me costaba entender porque estoy acostumbrado a la libra, pero el Charro me explicó que hay que pensarla como un poquito más de dos libras, pues. Visto así, el pago en dólares por libra sonaba enorme. El problema era encontrar camionetas, pickups, y camiones con capacidad de doble fondo, pistas para las preferidas avionetas Cessna Turbo, y centros de acopio en por lo menos tres puntos clave en la frontera oriente, en el medio del país y en la frontera con México en el occidente. Teníamos que reclutar personal de absoluta confianza, tranquila, hábil, y a quienes el tener pisto no se les fuera a la morra y se hicieran buchones.

Desde que empezamos con el negocio del sueño americano le prohibimos ser ostentosos a nuestros empleados. No podían andar con cadenas doradas en el cuello, o aretes de oro, ni mucho menos relojes de altísima gama o esclavas enormes y de lujo. Les insistíamos: prohibido quitarse dientes sanos para sustituirlos con dientes dorados. No derrochen el pisto muchá, les recordábamos. Mas, todo esto lo habíamos logrado en gran medida porque nuestra operación hasta entonces era relativamente pequeña y, de algún modo, llamaba poco la atención. Aparte del Charro y sus dudosas amistades de moteros, yo me había mantenido alejado de este tráfico. Esta era la primera vez, y de allí creo que me venían los nervios alterados, que Marcela sabrosamente tranquilizaba por las noches. O una que otra emigrante endeudada.

Les pedimos seis meses para el primer envío. Contábamos con un tráiler de granos con un imponente camión Mack al que había que hacerle varios ajustes. Ya lo habíamos usado para pasar gente y nos funcionó. Pero el mecánico necesitaba acondicionarlo de manera que pudiéramos bajar y subir la plancha del doble fondo. Montamos en ese tiempo los centros de acopio, contratamos operativos, especialmente exsoldados y oficiales militares, que pudieran disparar bien y también manejar camionetas y camiones pesados. Dedicamos un fondo para el generoso reconocimiento de servicios a jefes de policía y funcionarios públicos.

Durante todos estos preparativos sentía que caminaba sobre cáscaras de huevo. El pisto era un poderoso atractivo, hablo de millones, pero venía con riesgos de seguridad altos, y, lo más importante, con la amistad del Charro sobre la balanza. Le propuse que podía participar en el asunto, pero de manera limitada. Maneja la feria y mantén contenta la guarura y demás sanguijuelas del gobierno, mano, me propuso. Asentí. Pero no me pude resistir a mi deseo por la acción. Me metí a apoyarlo con el primer envío. Esa vez repartí pisto de punta a punta, hasta la línea con México. Ni siquiera hipo nos dio. Todo tranquis.

Después de ese primer envío me dediqué a reclutar gente clave del gobierno para que nos facilitaran paso por carreteras, construcción de pistas aéreas, documentación legal, pasaportes, y el chequeo de aduanas en todos los puntos de la ruta. Clave en este trabajo fue la relación con los agentes aduaneros. Sin su participación nos hubiera sido más complicado el paso de la mercancía. Cuando el Charro me miraba resentido por tanta plata metida entre esta gente le

insistía con que carnal, esta lana es una inversión a largo plazo y ojalá nos resulte. Si no le ponemos aceite a la máquina deja de funcionar y entonces sí que nos lleva la que nos trajo, era mi respuesta. Pero estos cabrones, me respondía, son unos parásitos sociales, hombre. No hacen ni un carajo. No mames, caray. Solo reciben lo que a nosotros nos puede hasta costar la vida. Pero volvíamos a la idea que todo ese pisto era inversión para largo. Era una nómina de billete a niveles extraordinarios. A menudo le explicaba al Charro, de que eso sí, carnal, a cada cabrón lo tenemos agarrado de los huevos. Nuestra lana vale su peso.

Perdí la cuenta de los envíos. Nuestro problema ahora consistía en legitimizar el pisto a la velocidad con que entraba. Por un par de años mantuvimos el negocio bien aceitado. En vez de dedicarme al manejo de la ficha, no encontré el modo de salirme del detalle de las operaciones y dedicarme más bien a la parte financiera en la que con el tiempo me hice más versado que el Charro.

En uno de los envíos agarraron al Charro con media tonelada de cremita. Creemos que alguien en el gobierno no estuvo contento con la cantidad de pisto que le embarramos la mano. O hubo presiones de otro tipo, muy poderosas, fuera de nuestro control. La policía secreta que lo agarró sabía la hora y lugar de desembarque en una de las casas de acopio. Tenían juegos de fotografías mías y del Charro. (Hacía meses que habíamos tenido una celebración en ese lugar, con buen trago, chavas y todo. Todavía no se sabe quién tomó fotografías de la fiesta y otras anteriores. En varios estoy con toda mi carota con una chava sobre las piernas, en otra con vasos de wiski en la mano, otras abrazado con el Charro).

Llegaron por mí a una de las oficinas del edificio donde tenía la venta exclusiva de Audi, BMW y Mercedes Benz, el que usaba de principal centro de operaciones. Vaya que por lo menos no fueron a la casa, salvándome de la vergüenza con los vecinos y mis hijas. Con Marcela no había pedo. Estaba al día.

Tráfico humano y lavado de activos fueron los cargos.

XI

En la misma ala de la prisión donde me echaron había un tipo que me contó había sido el más chingonísimo de los comandantes de las guerrillas. Que había fundado las guerrillas aquí, y en toda Centroamérica. Había sido el estratega del triunfo sandinista, y comandante adjunto del FMLN en El Salvador. No entendí lo de “adjunto”. Me explicó que se trataba de una jefatura honorífica por no ser nativo del país, pero incluía mando de tropas. Gracias a él las guerrillas bajaron un helicóptero donde viajaba un general sanguinario. En el continente, me explicó, están el Che, Fidel, y yo, como máximos líderes, lumbreras del pensamiento proletario.

Se vanagloriaba de haber perdido la cuenta de sus aventuras sexuales, pero escribí un libro, me asguró, que sigue la cronología de las que me acuerdo. Empecé desde las luchas de marzo y abril en 1962, seguí en la montaña con zacapanecas, después en el Ixcán y la lista sigue hasta hoy. Por cierto, en ese frente, me contó durante alguna de las comidas en que coincidimos y sin que le preguntara, me ha ido tan bien fijate, que a los sesenta años tuve mi último retoño, con una de treinta ¡pa’ que echés pluma!

El tipo era tan chaparro que hasta yo le sacaba casi una cabeza de altura. Y me preguntaba, ¿cómo pudo alguien tan no serio como éste - a quien él mismo me contó le apodaron chiriz en la sierra - comandar tanto poder sobre hombres y mujeres que siempre fueron más altos? Tuvo que

ser 'por arte de magia, porque si no, todas sus historias son fantasía, masturbación con mariguana líquida. Un tipo decididamente frágil y deleznable, lo cual es justamente de lo que me tildan a mi, entre los cargos.

Había otros presidiarios que me dijeron eran perseguidos políticos, todo lo cual me llevó a la conclusión de que el gobierno me consideraba importante. Me habían metido a un centro de detención de personajes importantes, como el tal comandante guerrillero.

Creo que tuvo que ser por mis contactos. ¡Funcionaban! Fue así cómo amueblé mi celda solitaria con cama, servicio telefónico, computadora, tele. Además, tenía visitas conyugales cuando me diera la gana y almuerzo y cena enviada de mis restaurantes o de otros que me gustaban. Seguí trabajando el sueño americano desde allí, y coordinar con mi mujer el funcionamiento de todos los negocios legit, como se dice en Niu Yersi. Pero, al Charro lo llevaron a otra ala y supe que el gobierno mexicano lo había extraditado. Mi libertad ya está siendo tramitada por el equipo de abogados que me defiende y protege.

De esa nueva fauna humana que conocí en esta cárcel de seguridad máxima (así le llaman los tiras a cargo porque está dentro de una base militar), el periodista de la celda contigua retrató muy bien la corrupción vista desde adentro del gobierno. Me contó que lo metieron al bote por andar denunciando fiscales, jueces y oficiales de gobierno cleptócratas, corrompidos hasta la médula. Pues si quiere datos, le indiqué, se los doy. Soy uno de los que le paga a toda esa retahíla de ladrones, hijos de su puta madre.

Él me trajo algo nuevo en la vida. El único. Me convenció que escribiera esta historia. Eso es lo que he estado haciendo y vienen más. Así es que agárrense.